



# HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

SEPARATA

Nº 12 - Año 2014

E-mail: [hispanianova@uc3m.es](mailto:hispanianova@uc3m.es)

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.

# DOSSIER

## TEORIZAR LA HISTORIA, HACER HISTORIOGRAFÍA. Homenaje al profesor Julio Aróstegui

Jesús A. Martínez y Juan A. Blanco  
(Coordinadores)

### AUTOBIOGRAFÍA DE UNA GENERACIÓN: ESPAÑA, 1975-1984

AUTOBIOGRAPHY OF A GENERATION:  
SPAIN, 1975-1984

Ignacio PEIRÓ MARTÍN

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA



Ignacio PEIRÓ MARTÍN

***AUTOBIOGRAFÍA DE UNA GENERACIÓN: ESPAÑA, 1975-1984***

Título en inglés: Autobiography of a generation: Spain, 1875-1984

---

**RESUMEN**

La primera etapa de la vida profesional de Julio Aróstegui (1967-1984) constituye un modelo para el estudio de la generación de profesores de Historia universitarios que vivieron la Transición política y contribuyeron a la renovación disciplinar de la historia contemporánea y la de la comunidad de historiadores. El artículo utiliza los recuerdos autobiográficos del profesor Aróstegui para reconstruir los contextos y procesos que determinaron el desarrollo de su personalidad de historiador.

**Palabras clave:** Julio Aróstegui. Historia de la historiografía española. Autobiografías historiadores. Profesores universitarios. Transición Democrática.

**Abstract**

In researching the generation of History professors who lived the transition to a democratic regime in Spain, those who contributed to a deep disciplinary and even communitary renewal, the first phase in Julio Aróstegui's professional lifespan (1967-1984) constitutes a typical case study. This article examines the personal memoirs of professor Aróstegui in order to rebuild some substantial historical processes and backgrounds which shaped him as a historian.

**Keywords:** Julio Aróstegui. History of Spanish historiography. Historians' Autobiographies. Professorship. Democratic Spanish Transition.

## AUTOBIOGRAFÍA DE UNA GENERACIÓN: ESPAÑA, 1975-1984<sup>1</sup>

Ignacio Peiró Martín

[ipeiro@unizar.es](mailto:ipeiro@unizar.es)

Universidad de Zaragoza

*Olvidan a la gente porque la gente olvida*

Max Aub, *Luis Buñuel*, novela.

No sabemos muy bien por qué Julio Aróstegui eligió ser historiador. De hecho, él mismo, nunca terminó de explicar las razones que le llevaron a cursar la carrera de Filosofía y Letras en la Sección de Historia e ingresar en la corporación a finales de los años sesenta siguiendo la doble vía, docente y académica, de las cátedras de Instituto de Enseñanza Media y la defensa de una tesis doctoral. Y es que, al margen de confesiones privadas desconocidas por el autor de esta líneas, el profesor granadino apenas mencionó nada de aquella época cuando aceptó la invitación de su compañero Octavio Ruiz-Manjón para participar en una especie de autorretrato de grupo.<sup>2</sup> Un ejercicio de autocomprensión profesional que, el por entonces recién nombrado director de la Cátedra Memoria Histórica del Siglo XX, despachó en apenas seis páginas y tituló de forma un tanto enigmática, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo».<sup>3</sup> Y, sin embargo, en los primeros diecisiete años de carrera profesional de Julio Aróstegui (desde 1967) se puede dibujar el

---

<sup>1</sup> Este artículo se integra dentro del Proyecto de Investigación HAR2012-31926, *Representaciones de la Historia en la España Contemporánea: Políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)*, del Ministerio de Economía y Competitividad.

<sup>2</sup> Octavio Ruiz-Manjón coordinó el dossier «La consolidación del contemporaneísmo en la universidad española. Con ocasión del fallecimiento de Javier Tusell», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), pp. 9-134. Junto a los artículos de Aróstegui y Ruiz-Manjón el número contiene las colaboraciones de otros once contemporaneístas que iniciaron sus carreras en el entorno de 1975 y que, en distinto grado y medida, han dirigido la disciplina hasta la primera década de 2000 (Celso Almuiña Fernández, José Andrés-Gallego, Albert Balcells, Ricardo de la Cierva y Hoces, Antonio Fernández García, Juan Pablo Fusi, José María Palomares, Ignacio Olábarri Gortázar, David Ruiz, Rafael Sánchez Mantero y Josep Termes).

<sup>3</sup> Julio Aróstegui Sánchez, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, *op.cit.*, pp. 53-59 (reproducido en Jesús A. Martínez Martín, Eduardo González Calleja, Sandra Souto Kustrín y Juan Andrés Blanco Rodríguez (coords.), *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, Madrid, Editorial Complutense, 2009, pp. 373-379).

itinerario de la Transición de la dictadura a la democracia iniciada por el gremio de los historiadores. O, por decirlo con otras palabras, siguiendo ese tramo de su historia podemos aproximarnos a la autobiografía de una generación de contemporaneístas que, habiendo vivido con Franco, tuvieron la oportunidad, después, de vivir un tiempo donde «todo era futuro».<sup>4</sup> Con el telón de fondo de la «superación del pasado» (*Vergangenheitsbewältigung*) como idea intergeneracional compartida por los sectores más *innovadores* de la profesión, se trató de un horizonte democrático en cuyo porvenir cifraron sus propósitos de renovar la disciplina y reescribir la historia de España en libertad.<sup>5</sup>

## Sin pedigree: (in)satisfacciones y desapegos

---

Ciertamente, Julio Aróstegui no recordó con agrado aquella primera etapa de su *historia vivida*. Sin melancolía, más bien lo hizo como algo circunstancial, un aspecto parcial y alejado de la *personalidad* del historiador que era en 2005 (a quien de verdad le gustaría «ser recordado como alguien que intentó cambiar»)<sup>6</sup>. Al leer sus palabras, pienso que su trayectoria desde los primeros años ochenta ha de entenderse como fabricada y dicha desde la posición que le proporcionó su nombramiento de profesor agregado y, poco después, la obtención de la cátedra universitaria. En adelante, el nuevo catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense pasó a ser dueño de su destino, de sus ideales políticos y, sobre todo, de sus ambiciones profesionales. Al recordar aquellos momentos en primera persona, otros compañeros universitarios han convertido la revisión memorial de su pasado en un espacio para la fábula y la imaginación narcisista «de lo que podría ser-haber sido», un mecanismo para la reconstrucción de las diferentes etapas de la vida, el recuerdo universitario y la «veneración» a los maestros o, en los casos más extremos, en un ajuste de cuentas familiar y/o académico.<sup>7</sup> A diferencia de todos ellos, Aróstegui utilizó el recurso del desapego y la insatisfacción para sobrevolar el tiempo de los «pequeños dictadores» que le toco vivir hasta la madurez de los cuarenta años.

---

<sup>4</sup> El entrecomillado en *ibidem*, p. 375. Cambiando todo lo que hay que cambiar en relación con la situación de los historiadores italianos, el título del presente artículo evoca el libro de Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation. Italy, 1968*, Middletown, Wesleyan University Press, 1996 (1ª ed. italiana 1988).

<sup>5</sup> Véase Ignacio Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2013, pp. 81-84 y 193-259; e «Historiadores en el purgatorio. Continuidades y rupturas en los años sesenta», *Cercles. Revista d'Història Cultural*, 16 (2013), pp. 53-81.

<sup>6</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 379.

<sup>7</sup> En orden inverso a lo señalado en el texto, y como ejemplo de la moda «ego-histórica» que ha comenzado a extenderse entre los historiadores españoles en los últimos años, sirvan los textos de Bartolomé Clavero, *El árbol y la raíz. Memoria histórica familiar*, Barcelona, Crítica, 2013; los *Recuerdos del Madrid en la posguerra* de Carlos Barciela, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013; los «Recuerdos universitarios. Zaragoza, 1947-1952», de Alberto Gil Novales recogidos por María José González Ordovás (coord.), *De la letra y el espíritu. Memorias de la Facultad de Derecho, Zaragoza*, Prensas Universitarias de Zaragoza-Facultad de Derecho, 2007, pp. 65-95; los dos volúmenes publicados de las memorias de Eloy Fernández Clemente, *Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses*, 2010 y 2013; la autoedición de Miquel Duran Pastor, *Girant l'ullada cap enrere. Memòries, 1934-2013*, Palma, 2013; o, alguno de los autorretratos, reunidos por Jaume Aurell (ed.), *La historia de España en primera persona. Autobiografías de historiadores hispanistas*, Barcelona, Editorial Base, 2012.

En orden a esta elusión, las duras palabras deliberadamente elegidas en su texto autobiográfico («orfandad», «soledad», «amargura», «añoranza», «autodidactismo») venían a postular una situación personal típicamente robinsoniana y el tránsito hacia adelante iniciado a través de los caminos de Damasco. Así lo ratificaban las referencias únicas a los historiadores Emiliano Fernández de Pinedo, Manuel Tuñón de Lara y María Dolores Gómez Molleda. Añádase a esto las afirmaciones, no exentas de ironía, acerca del «fin de la era de los maestros» que justificaban, por modo interrogativo, el olvido y su radical negativa a asumir la herencia de los catedráticos de «posguerra». Y, en razón de ese sentimiento de distanciamiento y ruptura consciente con la tradición, lo confirma el apóstrofe: «Manolo, lo que de verdad viviré siempre como carencia sustancial en mi vida y mi carrera es no tener un *pedigree*».<sup>8</sup> A fin de cuentas, el catedrático extraordinario de la Universidad del País Vasco, con quien siempre gustó de compararse, era una excepción («*testigo e historiador* de su época») y, en buena medida, un modelo de imitación para los historiadores atraídos por el materialismo histórico y las corrientes de moda de la historia social.<sup>9</sup>

Como escribió una discípula del *innovador* José María Jover, eran aprendices de historiadores a quienes la necesidad les hizo maestros:

Porque, generacionalmente, nos afecta de lleno aquella trayectoria que de ahí arranca a muchos de los aquí reunidos, en calidad de componentes de la profesión. Porque fue el tiempo en el que, realmente, se inició para la mayoría la tarea docente e investigadora –bajo formas diversas, claro está, muchas de ellas tan incompletas en la formación como apresuradas o excesivas para nuestros recursos–. Y en el que, finalmente, una porción nada insignificante de quienes hoy enseñamos la historia desde las universidades establecimos los soportes de método de nuestro oficio, la mayoría acomodándonos bien que mal a las «músicas nuevas» –Julio Aróstegui *dixit*, a propósito de la obra de Tuñón–, músicas que nos salían invariablemente al paso, en nuestra trayectoria como profesionales de la Historia de España (una experiencia particular y diferente en cada caso, como es natural y lógico, pero también, al mismo tiempo, unida significativamente y compartida), opciones intelectuales que íbamos haciendo nuestras, cada uno con su esfuerzo y resultados, al tiempo que incorporábamos la etiqueta académica de historiador.<sup>10</sup>

Era evidente que, a esas alturas («una tarde ya en los años ochenta –¿o quizás noventa?–»), ya no cabía equívoco posible con la historia: o se estaba comprometido con la realidad y se seguían los ritmos marcados por la «música» diametralmente distinta del son acostumbrado en la historiografía académica al uso»<sup>11</sup> o se la condenaba a continuar en el purgatorio del franquismo. Por entonces, la

---

<sup>8</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, pp. 375-376.

<sup>9</sup> El entrecorillado es de J. Aróstegui, «La obra de Tuñón de Lara en la historiografía española (1960-1997)», en José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia y Ricardo Miralles (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 13-14; e *infra* notas 69 115 y 122.

<sup>10</sup> Elena Hernández Sandoica, «La Historia contemporánea en España», en J. L. de la Granja, A. Reig Tapia y R. Miralles (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, *op.cit.*, pp. 355-356.

<sup>11</sup> J. Aróstegui, «Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica», *op.cit.*, p. 146. Volvió a utilizar la metáfora de la música, al referirse a las obras de Tuñón, en «La obra de Tuñón de Lara en la historiografía española (1960-1997)», *op. cit.*, p. 18

renovación corporativa no sólo era una aspiración de superación de lo anterior, ni una suma de procesos y fenómenos concomitantes de refundación institucional y normalización disciplinar (incluidos, por supuesto, la creación de un nuevo discurso científico ligado al auge de la especialización, la fundación de revistas y el asociacionismo). Era, como ha apuntado, Miguel À. Marín Gelabert, algo así como una *segunda hora cero* (la primera la marcó el resultado de la guerra civil), en la que la frágil memoria de la historiografía democrática relegó al «olvido ineluctable» a los últimos representantes de la corte historiográfica de Franco.<sup>12</sup>

Y es que, a partir de 1975, conforme la crítica cuestionaba, por obsoleto, el valor de sus aportes profesionales, la notoriedad de los catedráticos franquistas se fue apagando a medida que eran desprovistos del poder académico que habían ejercido sin condiciones durante tanto tiempo (45 años Santiago Montero, 42 Jesús Pabón, 41 Martín Almagro y Joaquín Pérez Villanueva, 40 Ángel Ferrari y Manuel Ballesteros Gaibrois, 38 Vicente Palacio Atard, 37 José María Jover y 34 Julio González, por citar a unos pocos de los que ejercieron la docencia en la Universidad de Madrid). Pero no sólo eso. Dentro de su limitada variedad (los «superiores, los activos y los demás» o, si se quiere, los «innovadores, renovadores y conservadores»), los perfiles de los profesores más ligados a la rutina, la desidia y los comportamientos autoritarios definieron la tipología básica de los catedráticos de Historia del franquismo. «Mandarines» o «elefantes de trompa dorada», como los definió un agregado de los años sesenta, sus principales características (inmovilismo intelectual y anquilosamiento metodológico, servilismo político y grata colaboración con la dictadura) sellaron los procesos de obsolescencia y descomposición de la historiografía franquista.<sup>13</sup>

Por eso, no parece casual que, quienes desde las magistraturas de sus cátedras habían actuado a la manera de un colectivo de «pequeños dictadores», sintieran durante la Transición la falta de sintonía con los estudiantes (cuando no el rechazo descarado) y el relajamiento de la autoridad inherente a las relaciones entre maestros y discípulos.<sup>14</sup> Atrapados por el pasado de la dictadura, la mayoría de los sobrevivientes quedaron ocultos bajo el manto irreverente del antifranquismo y la desmemoria de una profesión en cuyo porvenir no tenían cabida. Un proceso selectivo, en todo caso, del cual fueron excluidos el grupo de catedráticos *liberales* del franquismo que se esforzaron por representar el enlace con la tradición anterior al 18 de julio de 1936 y con la historiografía del exilio. Frente al olvido de los primeros, la fortuna del capital profesional y el magisterio de este puñado de profesores (Maravall, Díez del Corral, Artola, Jover, Cacho Viu, etc.), no paró de crecer. Unidos en el reconocimiento con los triunfantes catedráticos «marxistas», hasta el final de sus días, mantuvieron altas cotas de admiración y, a la vez, de apegos clientelares entre las promociones más jóvenes de historiadores universitarios.<sup>15</sup>

---

<sup>12</sup> Miquel À. Marín Gelabert, «Orígenes y primeros años de la Asociación de Historia Contemporánea», *Ayer*, 92 (2013, 4), p. 245.

<sup>13</sup> I. Peiró Martín, «Historiadores en el purgatorio. Continuidades y rupturas en los años sesenta», *op. cit.*, pp. 59 y 69, nota 35.

<sup>14</sup> Referida a la época actual (principios de 2000), una breve reflexión sobre el fenómeno de la irreverencia y el rechazo de los maestros en George Steiner, *Lecciones de los maestros*, Madrid, Ediciones Siruela, 2004, p. 172.

<sup>15</sup> Sobre la invención de la tradición historiográfica liberal véase I. Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, *op.cit.*, pp. 64-65, 193-259. Una relación de nombres de estos catedráticos «renovadores» en la colaboración de Marc Baldó Lacomba, «La historiografía franquista», en

A todo esto contribuyó, también, la tremolina de los accesos a cátedras (los nombramientos por oposición y por resoluciones administrativas), de las plazas de agregados y de adjuntos (existían los conocidos como «adjuntos de la Zarzuela»),<sup>16</sup> de los profesores de los nuevos Colegios universitarios, de los interinos y de los «idóneos» que fueron elevados a la categoría de Profesores Titulares de Universidad.<sup>17</sup> En el campo de la historiografía, se trató de una especie de «crisis de sucesión» que transformó la experiencia vital de la comunidad profesional y, en particular, los principios de jerarquización concurrentes de la Historia Contemporánea.<sup>18</sup> Un rápido y, en ocasiones confuso, cambio de guardia promovido, de un lado, por las urgencias docentes generadas por la extensión de la enseñanza universitaria por todo el territorio del Estado de las Autonomías. Y, de otro, por la coyuntura política resultante de la convergencia entre el consenso alcanzado por los partidos democráticos acerca de la reforma, sin depuraciones, de la Administración pública; los debates y acuerdos tomados en la Comisión de Educación y Ciencia del Congreso de los Diputados en los momentos finales de la primera legislatura (21 de mayo de 1981 al 16 de junio de 1982)<sup>19</sup>; y la política de renovación universitaria puesta en marcha por el PSOE, tras su triunfo por mayoría absoluta en las elecciones generales de octubre de 1982.

---

Beatriz Rojas y Ernesto Sánchez Santiró (eds.), *Historiografía española 1975-2006*, México, Instituto Mora, 2008, pp. 22-23.

<sup>16</sup> Frances Bonamusa recordaba a este grupo de adjuntos que lo único que tuvieron que realizar para ocupar sus plazas «fue asistir a una reunión en el Palacio de la Zarzuela para jurar de forma global y conjuntamente las Leyes del Movimiento Nacional», en «Juan José Carreras. Un recuerdo personal», en Carlos Forcadell (ed.), *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2009 pp. 455-456.

<sup>17</sup> Una primera relación de contemporaneístas idóneos aparece en la «Resolución de 30 de agosto de 1984 de la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación, por la que se acepta la propuesta de la Comisión de las pruebas de idoneidad, área de “Historia Contemporánea”, 099, para acceso al Cuerpo de Profesores titulares de Universidad», *B.O.E.*, 226 (20 septiembre 1984), pp. 27336-27337.

<sup>18</sup> Cambiando todo lo que hay que cambiar, véase lo señalado por Gérard Noiriel para el ciclo de «crisis de sucesión» de la historiografía internacional desarrollado a partir de 1950, *Sur la «crise» de l’histoire*, Paris, Éditions Belin, 1996, pp. 9-10; y Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1984, p. 150.

<sup>19</sup> Por responder a tipo del catedrático-político de Historia surgido durante la Transición, recordaré que el diputado mallorquín de UCD, Miquel Duran Pastor, fue vocal desde 1979 y presidente, en 1982, de la mencionada Comisión. Este agregado de Historia contemporánea que, en 1982, se integró en Unión Mallorquina, había sido consejero de Educación de la Junta Provincial de Educación de Baleares (1974), obtuvo la cátedra por la, «Orden de 6 de abril de 1984 por la que se nombra a don Miguel Durán Pastor Catedrático de Universidad de “Historia de las Baleares” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Palma de Mallorca», *B.O.E.*, 137 (8 de junio de 1984), p. 16472. Sus recuerdos de ese período político y de la Universitat des Illes Balears, por lo demás, bastante distorsionados por la distancia y las fantasías memoriales, en *Girant l’ullada cap enrere. Memòries, 1934-2013, op.cit.*, pp. 79-114 y 127-132. Entre otros, resalta también la trayectoria inicial de Jaume Sobrequés i Callicó que arranca desde su puesto de conservador del Instituto Municipal de Historia de Barcelona en 1969, agregado de Historia de Cataluña en la Autónoma de Barcelona (5.04.1976), senador independiente por Gerona presentado a las elecciones por el PSC-PSOE (1977-1979), miembro de la comisión ejecutiva del PSC, diputado socialista en el Parlament de Catalunya durante la III y IV legislatura (1988-1995). Mientras tanto, en febrero de 1984 había sido integrado en el Cuerpo de Catedráticos de Universidad. Y cabe mencionar, en último término, al siempre franquista Ricardo de la Cierva y Hoces, enmascarado por momentos de «liberal», colaborador de Manuel Fraga en los sesenta, senador independiente de la UCD por la provincia de Murcia (1977-79), consejero del presidente Adolfo Suárez para asuntos culturales, diputado y ministro de Cultura (1980), que ascendió rápidamente de catedrático de *Geografía e Historia* de Instituto (1967-1975) a agregado de *Historia Contemporánea* de la Complutense (1977) y catedrático de *Historia Moderna y Contemporánea* en Granada (1979).

En este sentido, la creación de Universidades de nueva planta (23 en 1975, 32 en 1985 y 64 en 1999) se acompañó de una catarata legislativa sobre el profesorado universitario. Contando con los precedentes franquistas del Cuerpo de Agregados, creado por Manuel Lora Tamayo como una «categoría intermedia entre la de Catedrático ordinario y Profesor adjunto»,<sup>20</sup> y el de Adjuntos formado, en febrero de 1973, durante la dirección general de Universidades del medievalista Luis Suárez Fernández,<sup>21</sup> se trató de una auténtica maraña de órdenes y decretos que alcanzó su momento culminante con la publicación en el *B.O.E.* de la *Ley de Reforma Universitaria* promulgada por el ministro socialista José María Maravall, el 1 septiembre de 1983.<sup>22</sup> Esta medida adicional transitoria estableció la transformación directa en catedráticos de los profesores agregados de las universidades españolas, al ordenar que:

1. Se transforman en plazas de Catedráticos de Universidad las plazas de Profesores Agregados de Universidad que en el momento de publicarse la presente Ley se encuentren vacantes y no estén en trámites de oposición o de concurso para su provisión, así como las que queden vacantes en el futuro. 2. Quedan integrados en el Cuerpo de catedráticos de Universidad, y en sus propias plazas, los Profesores Agregados de Universidad que ocupen plaza en propiedad a la entrada en vigor de la presente Ley y quienes obtengan plaza de Profesor Agregado de Universidad por concurso oposición o por concurso de traslado convocado con anterioridad a la entrada en vigor de la presente Ley.<sup>23</sup>

Ambas disposiciones se desarrollaron en la orden de febrero de 1984 que incluía el listado de nuevos catedráticos (con efectos de 21 de septiembre de 1983) y en el decreto de julio de ese mismo año.<sup>24</sup> Y tenían correspondencia con el artículo 33 de la *Ley de medidas para la reforma de la Función*

---

<sup>20</sup> «Ley 83/1965, de 17 de julio, sobre estructura de las Facultades Universitarias y su Profesorado», *B.O.E.*, 173 (21 de julio de 1965), pp. 10293-10296. Los primeros nombramientos como funcionarios aparecieron en la «Orden de 15 de enero de 1968 por la que se hace pública la relación de funcionarios pertenecientes al Cuerpo de Profesores Agregados de Universidad cerrada el 31 de diciembre de 1967», *B.O.E.*, 29 (2 de febrero de 1968), pp. 1553-1554. Y fueron integrados en el cuerpo de adjuntos por la «Resolución de la Dirección General de Universidad por la que se dispone la publicación de la relación provisional del nuevo Cuerpo de Profesores Agregados de Universidad», *B.O.E.*, 19 (22 de enero de 1977), pp. 1557-1567.

<sup>21</sup> «Orden de 1 de febrero de 1973 por la que se nombra a los señores que se citan del Nuevo Cuerpo Especial de Profesores Adjuntos de Universidad», *B.O.E.*, 72 (24 marzo 1973), pp. 5803-5828; y «Corrección de errores de la Orden de 1 de febrero de 1973 por la que se nombra a los señores que se citan del Nuevo Cuerpo Especial de Profesores Adjuntos de Universidad», *B.O.E.*, 236 (2 octubre 1973), pp. 18987-18988. Por su parte, el catedrático de *Historia Medieval* de Valladolid y la Autónoma, Suárez Fernández ocupó el cargo, entre 1972 y 1974, durante los ministerios de José Luis Villar Palasí y Julio Rodríguez Martínez. Para una primera aproximación bio-bibliográfica a las trayectorias académicas de la mayoría de los profesores citados en el texto, véase las voces que les dedican Ignacio Peiró Martín y Gonzalo Pasamar Alzuria, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002 (véase en este caso, «Suárez Fernández, Luis», pp. 602-604). Esta referencia me excusa, en adelante, la referencia individualizada del resto.

<sup>22</sup> «Ley orgánica 11/1983, de 25 de agosto, de Reforma Universitaria», *B.O.E.*, 209 (1 de septiembre de 1983), págs. 24034-24042.

<sup>23</sup> *Ibidem*, pág. 24041

<sup>24</sup> «Orden de 3 de febrero de 1984 sobre integración en el Cuerpo de Catedráticos de Universidad de los Profesores agregados de Universidad», *B.O.E.*, 33 (8 febrero 1984), pp. 3233-3242. «Real decreto 1420/1984, de 18 de julio, por el que se regula la integración del Profesorado establecida en el apartado 5 de la disposición transitoria quinta de la Ley de Reforma Universitaria», *B.O.E.*, 180 (24 de julio de 1984), págs. 22080-22081.

*Pública* que declaraba la jubilación forzosa de los funcionarios públicos al cumplir los sesenta y cinco años de edad.<sup>25</sup> Unos meses más tarde, se produjo la reorganización política de los departamentos y las áreas de conocimiento universitarias.<sup>26</sup>

Las cifras parecen hablar por sí solas: catorce eran los catedráticos de Historia Contemporánea en 1974, treinta y cinco en 1986, cuarenta y uno en 1990, y sesenta y nueve en 1998. En paralelo, los efectivos de profesores titulares de la nueva área de conocimiento que apenas superaban la centena en 1986, pasaron a 194 en 1990 y llegaron a los 245 en 1998. Todo lo cual viene a ilustrar la expansión sin precedentes del mercado de trabajo oficial de historiador (ampliado por abajo en sus distintas categorías con los asociados y becarios).<sup>27</sup> Por lo demás, estos números permiten hacernos una idea de la ebullición profesional desarrollada en el seno del gremio de los contemporaneístas (con cambios en el modelo de reproducción y en las mecánicas de nombramientos).<sup>28</sup> Un «tiempo de la historia», en definitiva, cuyas aceleraciones político-sociales facilitaron las sintonías de la refundada comunidad de contemporaneístas con el nuevo régimen democrático (sin excluir, de ningún modo, los tránsitos y oportunismos políticos de los nuevos patronos de la profesión). Y que, además, marcaron el ritmo de las actuaciones y metamorfosis individuales de los historiadores.

En estas idas y venidas entre la totalidad del historiador (de cuanto venía a ser –o querer ser–) y su entorno, la historia se acerca a los divanes del psicoanálisis.<sup>29</sup> De aquí que, al adentrarnos en los

---

Como he señalado, estas disposiciones se completaron para la siguiente categoría universitaria con los decretos sobre las idoneidades de los Profesores Titulares de Universidad que publicados entre 1984 y 1987.

<sup>25</sup> «Ley 30/1984, de 2 de agosto, de medidas para la reforma de la Función Pública», *BOE*, 234 (3 de agosto de 1984), pág. 22634. Con fecha de 19 de noviembre de 1986, el listado en el «Anexo. Profesores jubilados», Ministerio de Educación y Ciencia, *Profesorado Universitario, por cuerpo y alfabético*, Madrid, Consejo de Universidades-Secretaría general, Ministerio de Educación y Ciencia. Centro de Proceso de Datos, 1986, I, págs. 3-4. La edad de la jubilación forzosa volverá a establecerse a los setenta años por la «Ley 27/1994, de 29 de septiembre, de modificación de la edad de jubilación de los funcionarios de los Cuerpos docentes universitarios», *B.O.E.*, 234 (viernes, 30 de septiembre de 1984), págs. 30313-30314.

<sup>26</sup> El concepto de área de conocimiento se definió por primera vez en el artículo 2.2. del «Real Decreto 1888/1984, de 26 de septiembre, por el que se regulan los concursos para la provisión de plazas de los Cuerpos docentes universitarios», *B.O.E.*, 257 (26 de octubre de 1984), págs. 31.051-31.088 (incluía el catálogo de áreas de conocimiento en el anexo). Por su parte, la organización departamental apareció en «Real Decreto 2360/1984, de 12 de diciembre, sobre Departamentos Universitarios», *B.O.E.*, 12 (14 de enero de 1985), págs. 967-968.

<sup>27</sup> Las cifras en M. À. Marín Gelabert, «Ayer. Luces y sombras del contemporaneísmo español en la última década», *Ayer*, 41 (2001), p. 235; y Eduardo Acerete de la Corte, *Normalización y evolución de la historiografía universitaria española (1965-1985): el distrito universitario de Zaragoza*. Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea, defendido el 29 de noviembre de 2011 (consultado gracias a la amabilidad del autor).

<sup>28</sup> Junto a ello, cabe mencionar, entre otros fenómenos, la descentralización académica, la deslocalización de los centros de decisión o la creación de una amplia tipología de nuevos historiadores –militantes, partisanos, expertos, cortesanos, nacionalistas– relacionada con el auge de las políticas identitarias, los políticos y el renacimiento historiográfico de las Comunidades, véase Aurora Rivière Gómez, «Envejecimiento del presente y dramatización del pasado: una aproximación a las síntesis históricas de las Comunidades Autónomas españolas (1975-1995)», en Juan Sisinio Pérez Garzón *et alii*, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 161-219; y las páginas de mi libro *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, *op. cit.*, pp. 82-84.

<sup>29</sup> De la abundante literatura sobre historia y psicoanálisis, una primera aproximación en Kylie Valentine, «History, psychoanalysis, modernism», en Joy Damousi and Robert Reynolds (ed.), *History on the Couch. Essay in History and Psychoanalysis*, Melbourne, Melbourne University Press, 2003, pp. 36-46.

terrenos pantanosos de la subjetividad y del sentido de la intimidad, conviene desprenderse de las cautelas para admitir, antes de nada, la parte de autonomía moral y política que supone la razón individual de los personajes. Y así, al reconocer la capacidad de auto-orientación de los historiadores en una sociedad en transformación, poder aceptar, más tarde, la sinceridad de las afirmaciones a favor del cambio en la práctica vital y profesional. Por otra parte, lejos de exigir cuentas a nadie, el acercamiento a la inteligencia de las emociones permite, asimismo, apreciar la pugna entre la originalidad y la obediencia, determinar cómo se constituyen las rupturas con la tradición y analizar, incluso, la búsqueda individualizada de espacios propios (lugares de la academia donde proyectar tanto las inquietudes ideológicas como los deseos de renovar la práctica del trabajo historiográfico). Y nos ayuda a comprender, por último, que eso forma parte de un mundo que, aún privado, será compartido como una experiencia global por la generación de contemporaneístas que arranca en 1975 o, cuando menos, por la minoría advertida de los profesores agregados que fueron integrados en el Cuerpo de Catedráticos de Universidad, en febrero de 1984.<sup>30</sup>

Y porque no era el de Aróstegui un talante como para permanecer callado, se puede fijar su parcial proceso de «reconstrucción del yo», a partir del 21 de septiembre de 1983 en que se incorporó al departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. Desde ese momento y condición, al margen de otros resquemores autojustificatorios, podemos entender mejor sus elecciones personales y miradas hacia delante, porque:

De verdad, nunca me entusiasmó hacer del buceo en el pasado, así en trazos gruesos, una dedicación vital. No obstante, es cierto que, desde muy pronto, advertí que eso era una tronera desde la que se contemplaban paisajes mucho más amplios. O, dicho con menos retórica, estoy absolutamente convencido, y lo estuve más desde que los textos de Marx llegaron a ser lectura cómoda y, si no cotidiana, si frecuentada, que no hay mejor forma de entender la Historia que la de una forma de ver la Humanidad con la mejor perspectiva (...).

(...) (...)

Por todo esto, pero sobre todo por lo de la arquitectura de que hablaba, no nos dolió algunos, creo, eso tan tópico de cambiar de paradigma. ¡Pero si el cambio es consustancial con nuestro propio oficio! Se nos han hundido certezas y no nos hemos hundido con ellas, ni hemos aceptado falsas soluciones, ni platos de lentejas. (...).<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> «Orden de 3 de febrero de 1984 sobre integración en el Cuerpo de Catedráticos de Universidad de los Profesores agregados de Universidad», *op. cit.*, p. 3233. El anexo con el listado completo de los nuevos «Catedráticos de Universidad», pp. 3233-3242.

<sup>31</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 375, pp. 377-378.

## «Etapas, parajes y paisajes»: novela de formación y actividad profesional

---

Lo he dicho ya pero conviene recordarlo: la personalidad de Julio Aróstegui de 2005 no era la misma a la del historiador de 1984, cuando obtuvo la cátedra.<sup>32</sup> Y, sin duda, estaba muy distante de la del doctorando que defendió su tesis el 19 de junio de 1970, «ante el Tribunal constituido por el Doctor Don Jesús Pabón y Suárez de Urbina, presidente, y los Vocales Doctores Don Vicente Palacio Atard, ponente de la Tesis, Don José María Jover Zamora, Don Antonio Rumeu de Armas y Don Vicente Cacho Viu».<sup>33</sup> En realidad, cuando la plana mayor del contemporaneísmo de la época calificó con «Sobresaliente cum Laude» su investigación sobre el carlismo alavés, se cerró un ciclo en la vida académica del inquieto doctor de treinta y un años que, hasta entonces, había conocido varios paisajes universitarios y diversas pedagogías de la historia.<sup>34</sup>

A principios de los sesenta, Aróstegui llegó a Madrid para terminar los estudios de Historia que había iniciado en Granada, la ciudad donde nació el 24 de julio de 1939, en el seno de una familia de clase media-baja (su padre Alfredo Aróstegui de la Plata, ejecutivo de cierto nivel en la empresa azucarera Santa Juliana, murió en diciembre de 1939, y su madre Luisa Sánchez Fernández era hija de propietarios agrícolas de los términos de La Zubia, «pero de escasa importancia»). Huérfano desde el término de la guerra, vivió «en la zona del Boquerón, al final de la Gran Vía», y estudió la segunda enseñanza en el Instituto Padre Suárez:

A su debido tiempo hice un Bachillerato de Ciencias y un nada suave «Selectivo de Ciencias» (...). A mí las «ciencias» me gustaron siempre, pero descubrí (sé bien cómo, pero no procede contarlo aquí) que había cosas que me gustaban más. Se presentó, pues, inevitablemente el *impasse*. Luego hice «Preu de Letras», mientras trabajaba en la Primera Enseñanza de maestro (sin serlo) y me enseñaba griego el inolvidable canónigo don Santiago en su venerable, medieval-renacentista y, por lo demás, magnífica casa rectoral del convento de Santa Isabel, en el Albaicín de Granada, cobrándome no más que una remuneración simbólica.<sup>35</sup>

---

<sup>32</sup> En respuesta a la pregunta que Richard Pipes hacía en su autobiografía sobre si ¿somos los mismos a lo largo de esas décadas?, Ignacio Olábarri Gortázar respondía que «hoy casi no soy la misma persona que entonces y que dispongo de muy pocos elementos para entender lo que entonces dije e hice y su porqué», «Mi vocación de historiador», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), p. 107 (artículo reproducido en Jaume AURELL (ed.), *La historia de España en primera persona. Autobiografías de historiadores hispanistas*, op. cit., pp. 213-222, en adelante utilizaré este capítulo en las citas)

<sup>33</sup> J. Aróstegui, *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1970, [s.p.].

<sup>34</sup> En su perspectiva historiográfica las aportaciones de la tesis en Javier Ugarte, «El carlismo y las guerras civiles del siglo XIX», en *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, op.cit., pp. 53-68; y, en este mismo número, la colaboración de Pedro Rújula, «El carlismo».

<sup>35</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», op. cit., p. 377. Y Manuel Pedreira, «Entrevista a Julio Aróstegui», *El Ideal de Granada*, 27 de mayo de 2012, consulta en red: <http://www.ideal.es/granada/20130129/masactualidad/cultura/franquismo-seguira-dando-guerra-201301291243.html>

Sin tener muy clara su decisión, pues, «Mi vocación historiográfica no pudo ser más circunstancial y fue con seguridad más prosaica»,<sup>36</sup> consiguió una beca de residencia en el Colegio Mayor Isabel la Católica y con cierto retraso respecto a sus compañeros se matriculó en Filosofía y Letras (la edad media de comienzo en la Universidad se situaba entonces entre los 16 y 17 años). Casi como una excepción, de modo conmovedoramente personal («En este momento siento una tentación lírica grande, pero me contengo»), muchos años después, continuaría recordando: «¡Cuántas veces he vuelto con mucha nostalgia a aquel griego que me enseñó, primero, don Santiago, y el latín que, luego, no ya me enseñó sino que me re-enseñó e inyectó don Sebastián Mariné, en la Facultad de Letras de la Universidad de Granada, la de la calle de Puentezuelas que hoy ya no existe!».<sup>37</sup>

En la década de los cincuenta, la de Granada que se mantenía como la primera institución andaluza de enseñanza superior por el número de estudiantes (la cuarta entre las españolas, después de Madrid, Barcelona y Valladolid), estaba regida, desde 1951, por el rectorado del acenepista y pragmático catedrático de *Derecho político*, Luis Sánchez Agesta.<sup>38</sup> Ese mismo año, había abandonado la alcaldía, el influyente nacionalcatólico y «buen franquista», titular de la cátedra de *Historia del Arte*, Antonio Gallego Burín, y cesó en el cargo de rector su colega paleógrafo y correligionario, Antonio Marín Ocete, que lo había ocupado desde el 24 de junio de 1936.<sup>39</sup> Por lo demás, cuando Julio Aróstegui realizó los dos cursos de estudios comunes,<sup>40</sup> nadie hablaba en las aulas de los fusilamientos al comienzo de la guerra civil del arabista Salvador Vila y del contemporaneísta, presidente de Izquierda Republicana, José Palanco y Romero.<sup>41</sup> La «de allí era una

---

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 376.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 377

<sup>38</sup> Véase la parte redactada por la malograda Cristina Viñes Millet, «La Universidad de Granada en la época contemporánea», en María del Carmen Calero Palacios, Inmaculada Arias de Saavedra y Cristina Viñes Millet, *Historia de la Universidad de Granada*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 1997, pp. 253-298. Un apunte sobre la carrera académica y el «liberalismo» de Sánchez Agesta en I. Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, *op. cit.*, pp. 210-216.

<sup>39</sup> La trayectoria de este político-profesor cuenta con una abundante bibliografía: su hijo, el también catedrático de *Historia de la Lengua y Literatura* de Granada, Antonio Gallego Morell, publicó *Antonio Gallego Burín*, Madrid, Moneda y crédito, 1973. Años más tarde, C. Viñes le dedicó varios trabajos, entre otros, su correspondencia con Melchor Fernández Almagro y la biografía *Antonio Gallego Burín*, Granada, Comares, 2003. Más recientemente, Claudio Hernández Burgos se ha ocupado de él en «El largo camino hacia el franquismo: Antonio Gallego Burín (1915-1939)», *Revista del centro de Estudios Históricos de Granada y su reino*, 23 (2011), pp. 193-206; o «La construcción ideológica de un franquista: Antonio Gallego Burín», en Ángeles Barrio, Jorge Hoyos y Rebeca Saavedra Arias (coords.), *Nuevos horizontes del pasado, culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Publican, 211 (CD).

<sup>40</sup> Los estudios comunes comprendían en el primer año, las siguientes asignaturas: *Lengua y Literatura Latinas*, *Lengua y Literatura Griegas o Árabes*, *Lengua Española*, *Historia Universal*, *Historia General del Arte*, *Fundamentos de Filosofía*. En el segundo año se cursaba, *Lengua y Literatura Latinas*, *Literatura Griegas o Árabes*, *Literatura Española y sus relaciones con la Literatura Universal*, *Historia General de España*, y *Geografía General y de España*. Al finalizar este segundo curso se realizaba un examen intermedio «sin cuya aprobación no podrán matricularse los alumnos en los cursos de Licenciatura especializada». La Sección de Historia se estableció en Granada en septiembre de 1955, implantándose los tres cursos de especialidad en los siguientes años, *La Universidad de Granada*, Granada, Universidad de Granada, 1955-1956, pp. 17-34.

<sup>41</sup> Mercedes del Amo, *Salvador Vila: El rector fusilado en Víznar*, Granada, Universidad de Granada, 2005, págs. 161-166 y 166-169; y Miguel GÓMEZ OLIVER, *José Palanco Romero. La pasión por la Res Publica*, Granada, Universidad de Granada, 2007, págs. 303-322.

vida muy estrecha» –recordó en la última entrevista que concedió a *El Ideal de Granada*–<sup>42</sup>. De hecho, el provinciano mundo universitario apenas se veía alterado, cada dos de enero, por el «tremolar de las banderas» en la fiesta histórica local que celebraba la Toma de Granada.<sup>43</sup> Sin embargo, en octubre de 1952 y 1958, la ciudad se convirtió en el centro nacional de dos de las conmemoraciones principales de las *políticas del pasado* franquistas: los actos de clausura del centenario del nacimiento de los Reyes Católicos,<sup>44</sup> y los fastos académicos celebrados con ocasión del IV Centenario de la muerte de Carlos V.<sup>45</sup> Estos últimos, tuvieron lugar a comienzos del curso de 1958 y, probablemente, Aróstegui asistió a los mismos, formando parte del público cautivo de los estudiantes que acudió a las sesiones del *III Congreso de Cooperación Intelectual* entre el 6 y el 13 de octubre o a las conferencias sobre *Carlos V (1500-1558)* patrocinadas por la Universidad.<sup>46</sup>

En medio de tantos nombres propios, de tantas batallas y glorias imperiales importa reparar en la posibilidad de que, junto a los especialistas europeos Peter Rassow o Federico Chabod, en su primer curso universitario pudiera comenzar a poner rostro a alguno de los historiadores más influyentes de la comunidad profesional española que avanzaba lentamente por los caminos de la *normalización* historiográfica. Y es que, todavía bajo el impacto del repentino fallecimiento en agosto, del enfático y poderoso catedrático madrileño, Cayetano Alcázar Molina, que debía encabezar la delegación española,<sup>47</sup> a Granada acudió la primera línea de «camisas viejas» del modernismo hispano (Juan Beneyto Pérez, Manuel Ferrandis Torres o Fernando Solano Costa). Jerarcas de la corte historiográfica de Franco, estuvieron flanqueados por la nueva promoción de antiguos «westfalinos» (ahora, catedráticos con poder y distintas estrategias intelectuales), miembros de las distintas familias políticas de la historiografía universitaria de la época (el mismo rector Luis Sánchez Agesta, Rafael Gibert, Vicente Palacio Atard, Juan Reglá o José Cepeda Adán) y, algunos, representantes «fatigados» de una generación de modernistas que estaban avanzando sus búsquedas de espacios y metamorfosis profesionales hacia el contemporaneísmo.<sup>48</sup> En tal sentido,

---

<sup>42</sup> Manuel Pedreira, «Entrevista a Julio Aróstegui», *op.cit.*

<sup>43</sup> La reactivación de esta fiesta por la dictadura (durante el período republicano se había visto sujeta a diversas polémicas) en Claudio Hernández Burgos, *Granada azul. La construcción de la «Cultura de la Victoria» en el primer franquismo*, Granada, Comares, 2011, pp. 311-315.

<sup>44</sup> Celebrados en octubre de 1952, una crónica de los festejos en honor de los Reyes Católicos en José Antonio Pérez Torreblanca, «Fiesta en Granada», en *Homenaje a los Reyes Fundadores de América*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1953, pp. 27-33.

<sup>45</sup> Agradezco la consulta de la páginas dedicadas a las dos conmemoraciones por parte Gustavo Alarés López en *Las políticas del pasado en la España franquista (1939-1964) Historia, nacionalismo y dictadura*, tesis doctoral de inmediata lectura en marzo de 2014 en el European University Institute de Florencia.

<sup>46</sup> *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, Universidad, Imp. Urania, 1958, pp. 17-25 (reed. Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 2001, editada por Antonio Gallego Morell y presentación de Manuel Fernández Álvarez). Entre otros actos, fueron investidos doctores *honoris causa* los profesores Peter Rassow, Federico Chabod, Robert Ricard de la Sorbona y Heinrich Rommen de Washington.

<sup>47</sup> La noticia de su fallecimiento repentino «sobre un banco» el martes 19 de agosto, cuando a «las cinco y media de la tarde, iba a dar su clase de Historia de España, en el aula del nuevo Pabellón de las Llamas de la Universidad «Menéndez Pelayo»», *ABC*, 17.154 (miércoles 20 de agosto de 1958), p. 11.

<sup>48</sup> El concepto y su aplicación historiográfica en Miquel À. Marín Gelabert, «La fatiga de una generación. Jaime Vicens Vives y su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*», prólogo a Jaime Vicens Vives,

merece la pena recordar que en las aulas de la Universidad granadina tuvieron ocasión de terciar en las disputas abiertas en torno al pensamiento político de Carlos V, dos profesores que, por aquel entonces, habían comenzado a considerarse como innovadores y distintos en cuanto *humanistas, católicos y españoles*: José Antonio Maravall y José María Jover Zamora.<sup>49</sup>

Pasadas las celebraciones, la Facultad de Filosofía y Letras volvió a la rutina de la vida académica cotidiana. Y todo ello en un ambiente de atonía y modestia intelectual, dominado por la alargada sombra del excedente forzoso Antonio Gallego (nombrado Director General de Bellas Artes en Madrid) y la presencia de Marín Ocete al frente de su cátedra de *Paleografía*. Las cátedras históricas restantes las regentaban dos modernistas: el aristocrático y antiguo profesor de idiomas Alfonso Gámir Sandoval (la de *Historia de España*), y el especialista carolino Juan Sánchez Montes (la de *Historia general de la Cultura*). A su lado, impartían clases como profesores adjuntos, el miembro del Facultativo de Archivos Jesús Bermúdez Pareja y el futuro director del Archivo de la Real Chancillería, Eladio de Lapresa Molina. José Cepeda Adán, un discípulo de Vicente Palacio Atard que pronto fundaría una «escuela» de contemporaneístas locales, sólo tomaría posesión de la cátedra de *Historia Moderna y Contemporánea*, en 1963.<sup>50</sup>

Entre tanto, Aróstegui ya había trocado el entorno de la ciudad de los Cármenes por el paisaje universitario de la capital madrileña («Mis escapadas literarias estaban ya mustias, *ergo...*(...) cuando recién comenzado los sesenta fui a Madrid a concluir allí los estudios, ya no se me ocurrió cambiar de campo»)<sup>51</sup> Su madre había fallecido en diciembre de 1959 y el suceso decidió su cambio de parajes («Se murió mi madre y perdí ese aliciente»)<sup>52</sup> Al cabo de los años cuando se dispuso a hacer memoria viva de sus maestros, no parece casualidad que no mencionara a ninguno de sus antiguos profesores de Historia granadinos. En todo caso, a falta de mentiras piadosas que le ayudaran a superar sus desazones historiográficas («Dicho con aprehensión, atrevimiento y franqueza: la Historia-historia (*sic*) no me ha interesado nunca...»),<sup>53</sup> parecen claras las ausencias de magisterios originales. Pero, como se sabe, oculto no significa inexistente. Antes bien, como escribió con acierto Italo Calvino, ocultar cosas cuando se trata de narrar la vida misma, «no es sino un resultado de arte, es decir un artificio más sabio y complejo que muchos otros». Y a menudo ocurre, también, que las ausencias acaban siendo más significativas que las presencias.<sup>54</sup>

---

*Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, Cortes de Aragón-Institución «Fernando el Católico», 2006, págs. XI-CXX.

<sup>49</sup> El análisis contextualizado de las conferencias carolinas en I. Peiró, «La fortuna del Emperador», en *Historia e historiadores. Autobiografías, memoria, nación*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2014 (en preparación).

<sup>50</sup> En Granada, Cepeda dirigirá las tesis doctorales y memorias de licenciatura, entre otros futuros contemporaneístas, de Antonio M. Calero Amor, Juan C. Gay Armenteros, Enrique Martínez Ruiz o Cristina Viñes Millet, véase Josefina Mateu Ibars, *Relación de tesis doctorales, memorias de licenciatura y cursos monográficos (1953-1973)*, Granada, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Granada, 1975, pp. 187-190

<sup>51</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 376.

<sup>52</sup> M. Pedreira, «Entrevista a Julio Aróstegui», *op.cit.*

<sup>53</sup> *Ibidem*

<sup>54</sup> La cita entrecomillada pertenece a Italo Calvino, *Porqué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1992, p. 161. La confirmación en Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*, Barcelona, Acantilado, 2013, p. 13.

En la cartografía de la soledad del emigrado granadino apenas quedan indicios de la red de relaciones subterráneas de amistad que necesariamente debió tejer en los escenarios madrileños de la licenciatura. Y en esto, como en otras cosas de la vida, los «amigos y protectores», siempre resultan convenientes, por no decir imprescindibles para patrocinar una carrera en el mundo académico. Los mecanismos se aprendían pronto: primero, se trataba de acertar en la elección y búsqueda de un catedrático a quien se le solicitaba la firma como director de la tesina que se elegía en el último año y solía ser una introducción a la tesis. A continuación, consistía en superar las pruebas de un largo noviciado de servidumbres y fidelidades (verdaderas o fingidas) que permitían al aspirante entrar en el círculo de amistades hasta lograr ser distinguido con la credencial de «discípulo de». Entonces «dependías directamente de un catedrático» –escribe Cristina Segura– que determinaba las «sendas más adecuadas» que cada uno de sus alumnos debía seguir: la ruta directa que empezaba con el nombramiento de «ayudante» o las carreteras secundarias de las oposiciones a instituto.<sup>55</sup>

De todas maneras, durante el primer lustro de los sesenta, a un estudiante inteligente que no le faltaba seguridad en sí mismo, la Universidad de Madrid seguía ofreciendo abundantes oportunidades. Y, más aún, cuando comenzaron a mudar los perfiles clasistas de la profesión, «El oficio de historiador se “mesocratizó” y ese proceso iría en aumento», a partir de 1965, cuando la «Ley General de Educación permitió la creación de nuevos Institutos de Enseñanza, con sus correspondientes cátedras de Geografía e Historia».<sup>56</sup> Pero claro está, los caminos académicos no suelen ser de rosas. Y, bastante menos, para un estudiante de provincias, incorporado tardíamente a su promoción. En tal sentido, los acusados sentimientos de «orfandad» y «autodidactismo» de Julio Aróstegui se pudieron ver acentuados al llegar a una Facultad donde, junto las competencias profesionales y docentes de los «superiores», las ambiciones personales e intrigas competitivas formaban parte del paisaje. Y eso, en una corriente continua que se retroalimentaba en sus flujos de arriba hacia abajo y a la inversa, desde los niveles inferiores de los «discípulos» hasta alcanzar los más altos de los «maestros».

Años de «aprendizaje en la Universidad, y desde luego (no me duelen prendas) dorados»,<sup>57</sup> al matricularse en el primero de los tres cursos de la especialidad que completaban la licenciatura de Historia, el claustro de catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid era el más completo de las doce universidades españolas (las Autónomas de Madrid y Barcelona se fundaron en 1968). Y por lo que hace al resto del personal docente la plantilla acogía a más del 30% del total del profesorado adscrito al resto de las Facultades de Filosofía y Letras españolas.<sup>58</sup> De igual modo, entre los dieciocho profesores numerarios de las cátedras de Historia se contaban alguno de los miembros más renombrados de la corporación franquista (desde el marqués de Lozoya, Manuel Ballesteros,

---

<sup>55</sup> El primer entrecomillado es de Cristina Segura Graiño, «La Historia de las mujeres es la historia», en Jaime Aurell (ed.), *La Historia de España en primera persona, op. cit.*, p. 306. Se refiere a su catedrático el recio palentino Julio González del que pasó a ser su ayudante, en 1965.

<sup>56</sup> Manuel Espadas Burgos, «El oficio de historiador durante el franquismo», conferencia inaugural del curso *Europa siglo XX. Comunidades historiográficas en tiempos dictatoriales, Zaragoza, 24 y 25 de febrero de 2011. Seminario permanente de Historia de la Historiografía Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, p. 18, del original consultado gracias a la amabilidad del autor.

<sup>57</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 375.

<sup>58</sup> El dato en la tesis doctoral de Miquel À. Marín Gelabert, *La historiografía española de los años cincuenta. Las escuelas disciplinares en un ambiente de renovación teórica y metodológica, 1948-1965*, Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza, 2008, II, p. 576 (consultada gracias a la amabilidad del autor).

Carmelo Viñas, Martín Almagro y Ciriaco Pérez Bustamente hasta fray Justo Pérez de Urbel –apodado «Luzbel» por uno de sus compañeros de «humor absolutamente cáustico»–, pasando por Julio González, Antonio García Bellido, Diego Ángulo o Florentino Pérez Embid).

Catedráticos con poder académico y político que dominaban los entresijos administrativos del Ministerio y gestionaban directamente o entre bambalinas las decisiones académicas, a la vez, que «cocinaban» las oposiciones. De aquel plantel, seguía deslumbrando a los estudiantes en su curso de Historia Antigua, a quienes «hacia sufrir bastante», Santiago Montero Díaz.<sup>59</sup> En el amplísimo anecdotario del César gallego («genial» y, no menos, «arbitrario»), se contaba el ser el profesor de la Central con mayor número de tesis doctorales dirigidas. Conocedor cercano de su personalidad y magisterio, «pues fue además mi director de tesis doctoral», Manuel Espadas Burgos, se ha esforzado por explicar la paradójica situación creada por el hecho de que Montero firmara como director de su tesis cuando «considero a Vicente Palacio como mi maestro»:

A los alumnos que él «consideraba» a más de de incorporarlos a seminarios muy restringidos, les ofrecía temas para una futura tesis doctoral. Fue mi caso. Cuando, dos años después, puesto ya en contacto con la historia contemporánea, decidí elaborar mi tesis en esa área y abandonar el tema en que ya venía trabajando y del que que sería inmediato anticipo mi «tesina» de Licenciatura. Palacio me aconsejó: «Tu continuas y terminas la tesis con Montero y luego te dedicas a contemporánea. No me crees problemas con Montero». Y así fue.<sup>60</sup>

Por su parte, al frente de la de *Historia Universal Contemporánea*, desde 1940, estaba el influyente y comedido, Jesús Pabón y Suárez de Urbina.<sup>61</sup> Y en el cuadro facultativo figuraba uno de los discípulos de Cayetano Alcázar, Vicente Palacio Atard, catedrático de *Historia de España en la Edad Contemporánea* desde su traslado, en 1957, de la Universidad de Valladolid donde había creado escuela. Al inicio del curso de 1964-1965, llegaría de Valencia otro de sus antiguos aprendices, José María Jover, al lucrar la oposición de la cátedra de *Historia de España en la Edad Moderna*, vacante desde la muerte repentina del maestro seis años antes.<sup>62</sup>

---

<sup>59</sup> Junto a la biografía presentista de Xosé M. Núñez Seixas, *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012; entre otros muchos testimonios, C. Segura Graiño ha escrito de Montero que «me hizo sufrir bastante, pero, a pesar de eso, le recuerdo con cariño...», «La Historia de las mujeres es la historia», en Jaime Aurell (ed.), *La Historia de España en primera persona, op. cit.*, p. 303.

<sup>60</sup> M. Espadas Burgos, «Vicente Palacio en el Instituto de Historia del CSIC», en Luis Palacios Bañuelos (ed.), *Vicente Palacio Atard maestro de historiadores*, León, Editorial Akron, 2012, p. 165.

<sup>61</sup> Véase Carlos Seco Serrano, «Jesús Pabón. Su vida y su obra», introducción a Jesús Pabón, *Las ideas y el sistema napoleónicos*, Pamplona, Urogoiti Editores, 2003, pp. IX-XCVIII; e I. Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión, op.cit.*, pp. 197-199.

<sup>62</sup> La convocatoria de la plaza en la «Orden de 29 de septiembre de 1962 por la que se convoca a oposición la cátedra de “Historia de España en la Edad Moderna” de la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad de Madrid», *B.O.E.*, 260 (30 octubre 1962), pp. 15375. El nombramiento en «Orden de 2 de diciembre de 1963 por la que se nombra, en virtud de oposición, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid a don José María Jover Zamora», *B.O.E.*, 305 (21 diciembre 1963), p. 17845. El permiso concedido a Jover, el 31 de enero de 1964, para finalizar el curso académico en Valencia y el cese en esta Universidad, en «Expediente Personal de José María Jover Zamora», *Archivo Histórico Universitario de Valencia*, Caja 112, nº 7. Estos noticias en Jorge Azorín Arroyo, *El salto a Europa: José María Jover Zamora y la historia de las relaciones*

Para entonces, las trayectorias de ambos historiadores habían iniciado un proceso de metamorfosis profesional irreversible.<sup>63</sup> Los dos estaban avanzando, en paralelo, por los caminos de la historia contemporánea. Y en sus recorridos terminarían por competir, a principios de los setenta, por la delimitación territorial de los *espacios propios* de influencia disciplinar. Por lo demás, los rumores acerca de sus divergencias administrativas y diferencias historiográficas, sostenidas casi siempre con prudencia y cortesía académica por parte de los afectados, trascendieron los muros del Departamento extendiéndose por los mentideros de la profesión. Y, una vez aireados, se transformaron en una representación ideológica de la compleja realidad, marcando para siempre la sociología de la fama de los dos catedráticos de Historia Contemporánea de la Complutense: el franquista Palacio, hombre de «buen corazón», «de moral ortodoxa, de ideario conservador»<sup>64</sup> y el innovador Jover, persona de inteligencia y *pedigree* liberal, cordial «escrupuloso, sabio, limpio de mirada».<sup>65</sup> Más adelante, con motivo de sus jubilaciones del profesorado universitario a los 65 años, los colegas y discípulos de ambos les organizaron, en noviembre de 1986, un homenaje conjunto en la Biblioteca Nacional de Madrid, continuado con la publicación de dos volúmenes dedicados a resumir «su labor magisterial de la misma manera que el número de “Cuadernos” sintetizaba su trabajo científico».<sup>66</sup> A la altura de 1997, todavía se destacaba su competencia y competitividad en la «extraordinaria labor de formación de vocaciones de los antiguos catedráticos, los profesores Jover Zamora y Palacio Atard», que ocupaban el primer puesto entre los directores con mayor número de tesis doctorales dirigidas en la historia del Departamento.<sup>67</sup>

Pero todavía deberían pasar unos años para que todas esas cosas ocurrieran. Y porque, sólo en teoría los catedráticos impartían la docencia,<sup>68</sup> durante el curso de 1963-1964 en el que Julio Aróstegui debió terminar la carrera, daba las clases de Historia Moderna Manuel Fernández Álvarez («Manolito»)<sup>69</sup> «Él y [Carmelo] Viñas eran los únicos que manifestaban una preocupación por los

---

*internacionales*. Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea. Universidad de Zaragoza. defendido el 4 de diciembre de 2013 (consultado gracias a la amabilidad del autor).

<sup>63</sup> Un relato amigo de las trayectorias paralelas de ambos historiadores en José Cepeda Adán, «El estilo de dos historiadores», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), pp. 11-16. Siendo los tres discípulos de Cayetano Alcázar, Cepeda preparó como becario de la Escuela de Historia Moderna del Instituto Jerónimo Zurita del CSIC su tesis doctoral, *El Estado en la época de los Reyes Católicos* (1952), dirigida por Vicente Palacio Atard.

<sup>64</sup> Antonio Fernández García, «El largo camino de un gran maestro», en L. Palacios Bañuelos (ed.), *Vicente Palacio Atard maestro de historiadores*, *op.cit.*, p. 117.

<sup>65</sup> Santos Juliá, «Abrir la ventana en tiempo de autarquía», en Rosario Ruiz Franco (ed.), *Pensar el pasado. José María Jover y la historiografía española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, p. 41.

<sup>66</sup> A. Fernández García, «Presentación», *Estudios históricos. Homenaje a los Profesores José M<sup>a</sup> Jover Zamora y Vicente Palacio Atard*, Madrid, Departamento de Historia Contemporánea. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense, 1990, 2 vols.

<sup>67</sup> Luis Teófilo Gil Cuadrado, Ruth Lillo Sánchez y Emmanuel Rodríguez López, «Análisis bibliométrico de las tesis leídas en el Departamento de Historia Contemporánea de la UCM (1969-1999)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 19 (1997), p. 246.

<sup>68</sup> A. Fernández García recuerda, por ejemplo, que en 1959, en su último curso de carrera, las clases de Ciriaco Bustamente las impartía su adjunto Miguel Artola, «Del instituto a la universidad», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), p. 81.

<sup>69</sup> Entre los universitarios españoles de la época, existía de manera muy extendida la práctica de utilizar de manera coloquial los nombres hipocorísticos con colegas y amigos de la profesión (con todo lo que significa de

personajes de los que hablaban, por sus sentimientos y por la sociedad en la que se desarrollaban sus vidas». <sup>70</sup> Y a su lado, recordaba Cristina Segura:

«La Gómez Molleda», que era la ayudante de Palacio Atard, tuvo cierta influencia en el grupo destacado de clase. Éramos los que más estudiábamos, estábamos en 5º y nos preocupaba transmitir otra docencia diferente a la que habíamos recibido; la mayoría pensábamos opositar a enseñanza media, pero no teníamos demasiado claro cuáles eran los instrumentos, ni las técnicas, ni los espacios donde aprender cómo impartir buena docencia. Ella, a través del grupo de chicas que estaban en el Colegio Mayor Poveda de las teresianas de Madrid, nos empezó a aglutinar y a reunir para «orientarnos». <sup>71</sup>

En general, para las aspiraciones de Aróstegui –y para la mayoría de sus coetáneos–, 1965 significó un línea divisoria en muchos sentidos. De ahí para adelante, las cosas empezaron a cambiar para los licenciados que en ese año académico iniciaron el doctorado y leyeron sus tesinas o se decidieron a preparar oposiciones, ante la necesidad de ganarse la vida. Primero, a nivel personal por la toma de conciencia política que significó convivir en un ambiente de proliferaciones ideológicas donde la fuerte politización izquierdista era cada vez más notoria. En ese medio, la manifestación estudiantil que, encabezada por los catedráticos Santiago Montero, José Luis Aranguren y Agustín García Calvo, salió de la Facultad de Filosofía y Letras y recorrió la Ciudad Universitaria, iniciando los sucesos de enero-febrero de 1965, se constituyó en una experiencia generacional y, para muchos, en un primer bautismo de antifranquismo.

Evidentemente, al menos para mí, estaba claro que en los años sesenta tardíos se atravesaba la línea entre dos mundos; no hubo que esperar a que cambiara el régimen, cambio que por cierto en aquellos últimos sesenta y primeros setenta era un acontecimiento que no cabía ya duda que viviríamos pronto muy pronto... <sup>72</sup>

En segundo lugar, ocurrió también que, durante el verano, anticipándose a la notificación de las sentencias de separación y expulsión de los catedráticos encausados, <sup>73</sup> el ministro Lora Tamayo publicó el mismo día las leyes que ordenaban la reestructuración de las Facultades Universitarias y la

---

cariño o afecto; pero, en ocasiones, también de sentido despectivo). Al lado del «Manolito» más conocido señalado en el texto, diversos testimonios recuerdan, por ejemplo, cómo el mismo Aróstegui (a quién en determinados círculos madrileños llamaban «Julito» desde su época de licenciatura) utilizaba con afabilidad el diminutivo de «Manolito» cuando hablaba con Manuel Tuñón de Lara.

<sup>70</sup> C. Segura Graiño, «La Historia de las mujeres es la historia», en Jaume Aurell (ed.), *La Historia de España en primera persona, op. cit.*, p. 303. Fernández Álvarez obtuvo la cátedra de *Historia Moderna Universal y de España* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca en 1965, donde permaneció hasta su jubilación, en 1986, siendo nombrado profesor emérito.

<sup>71</sup> *Ibidem*. El 4 de marzo de 1967, María Dolores Gómez Molleda fue nombrada, por oposición, catedrática numeraria de *Historia Contemporánea Universal y de España* de la Universidad de Santiago y, el 4 de julio 1970, en virtud de concurso de traslado pasó a la de igual denominación de Salamanca. Jubilada en 1987, fue nombrada emérita. Su maestro Palacio Atard colaboró en el libro conmemorativo editado por Mercedes Samaniego Boneu y Valentín del Arco López, *Historia, literatura y pensamiento. Estudios en homenaje a María Dolores Gómez Molleda*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca-Narcea ediciones, 1990, 2 vols.

<sup>72</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 375.

<sup>73</sup> Una nota sobre las sentencias dictadas el 19 de agosto de 1965, así como la actuación del juez instructor del caso el catedrático falangista de Historia de España de la Universidad de Murcia, Luciano de la Calzada, en I. Peiró Martín, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión, op.cit.*, pp.75-76.

ampliación de las plantillas de profesores de Instituto.<sup>74</sup> Esta última disponía el aumento total de 866 plazas de catedráticos de Instituto repartidas en los dos años siguientes (491 en 1 de octubre de 1965 y 375 en el de 1966).<sup>75</sup> A sus efectos, esto significaba la convocatoria inmediata de oposiciones de *Geografía e Historia* y la expectativa más remota de llegar a la Historia universitaria por la vía de la enseñanza media.

Después de todo, el año que abría el último decenio del franquismo señaló el inicio de la primera gran «crisis de sucesión» del modelo universitario. Esta situación facilitó la apertura universitaria y el reclutamiento de una importante promoción de catedráticos de instituto que, en los siguientes años, utilizaría las rendijas del sistema para ascender en sus carreras académicas y hacer frente al inmovilismo interno del aparato docente franquista. No fueron todos, por supuesto, pero sí un buen número de este conglomerado de profesores de segunda fila (por aquel entonces, ya que desde principios de los ochenta sobrepasarán a los demás en nombre y prestigio, alcanzando las cátedras y las direcciones de los departamentos), acabaron por dar a la historiografía un aire distinto, una pedagogía democrática. Y así, en marzo de 1965, aprobó con el número uno de su oposición Juan José Carreras Ares, encabezando una lista en la que, entre otros, figuraba en la tercera posición Manuel Espadas Burgos (sin tomar posesión de su plaza pasó a ser ayudante de Palacio Atard y luego una plaza de investigador en el CSIC), seguido de Pilar Maestro, Juan Antonio Lacomba, David Ruiz o Santiago Melón Fernández.<sup>76</sup> Unos meses más tarde se publicaron los nombramientos de Albert Balcells y José Andrés-Gallego.<sup>77</sup> En enero de 1967, aparecieron los de Emilio Mitre Fernández, José Urbano Martínez Carreras, Antonio Luis Cortés Peña o Manuel Ardit Lucas.<sup>78</sup> Y, en mayo, Julio Aróstegui era destinado con el número dos de la oposición al Instituto Nacional de Enseñanza Media femenino de Vitoria (el uno lo consiguió Antonio Fernández García con destino en el «Lope de Vega» de Madrid y en quinto lugar figuraba Ricardo de la Cierva, asignado a la Sección Delegada de Madridejos del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Toledo).<sup>79</sup>

---

<sup>74</sup> «Ley 83/1965, de 17 de julio, sobre estructura de las Facultades Universitarias y su Profesorado» y «Ley 88/1965, de 17 de julio, de ampliación de los Cuerpos y plantillas de Profesores de Institutos Nacionales de Enseñanza Media», *B.O.E.*, 173 (21 julio 1965), p. 10293-10296 y 10298-10299.

<sup>75</sup> En el mismo número de 866 se aumentaban las plazas de profesores adjuntos de Instituto (435 el primer año y 421 el segundo), véase «Ley 88/1965, de 17 de julio, de ampliación de los Cuerpos y plantillas de Profesores de Institutos Nacionales de Enseñanza Media», *op. cit.*, p. 10298. Las normativas de acceso y las distintas categorías del profesorado en Natividad Araque Hontangas, «El profesorado de los Institutos Nacionales de Enseñanza Media (1938-1970) », *Revista Complutense de Educación*, 19, 2 (2008), pp. 427-446.

<sup>76</sup> «Orden de 30 de marzo de 1965 por la que se aprueba el expediente de oposiciones a cátedras de “Geografía e Historia” vacantes en Centros docentes dependientes de la Dirección General de Enseñanza Media y se nombra a los opositores propuestos por el Tribunal», *B.O.E.*, 87 (12 abril 1965), p. 5397. Los recuerdos de David Ruiz de su paso por los institutos hasta alcanzar una plaza de adjunto en la Universidad, en 1978, en «Trayectoria un tanto accidentada», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), pp. 115-120.

<sup>77</sup> José Andrés-Gallego recordó su paso por los institutos en «Por qué fue uno historiador y no poeta, y cómo se las arregló para llegar a catedrático», y Albert Balcells, «Desde Cataluña», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), pp. 37-51 y 61-69, respectivamente.

<sup>78</sup> «Orden de 12 de enero de 1967 por la que se aprueba el expediente de oposiciones a cátedras de “Geografía e Historia” de Centros docentes dependientes de la Dirección General de Enseñanza Media y se nombra a los opositores propuestos por el Tribunal», *B.O.E.*, 40 (16 febrero 1967), p. 2143.

<sup>79</sup> «Orden de 2 de mayo de 1967 por la que se aprueba el expediente de oposiciones a cátedras de “Geografía e Historia” de Centros docentes dependientes de la Dirección General de Enseñanza Media y se nombra a los

Las trayectorias de Aróstegui, Fernández García y del *outsider* de la Cierva fueron luego muy dispares, al igual que las de la mayoría de los compañeros mencionados; sin embargo, en aquellos días los tres se integraron en la «cuadra» de doctorandos de Vicente Palacio Atard,<sup>80</sup> aspirantes selectos a una plaza en la Universidad que, desde 1966, se agruparon en el entorno de los *Cuadernos bibliográficos de la Guerra de España*.<sup>81</sup> No en vano, en aquel período madrileño, las cátedras de instituto constituyeron la principal fuente del maestro bilbaíno para la selección de discípulos. Un catedrático que, si bien mantenía su poder académico en el espacio de las oposiciones (su «intervención había sido importante en la consecución de la cátedra por parte de María Dolores Gómez Molleda en 1967»), «como jefe de escuela se consideraba blando».<sup>82</sup> Al respecto, Antonio Fernández, uno de los guardianes más fieles de la memoria del profesor recientemente malogrado, se ha esforzado en describir la naturaleza bondadosa del conservador y tradicionalista Palacio que:

ha sido siempre tolerante en el orden de las ideologías y en el orden de las costumbres. Por lo que a las ideologías respecta nunca ha pedido credenciales a sus discípulos, de los que únicamente ha esperado que fueran honestos consigo mismos e independientes (...) (...). Porque siempre vio en todos los casos personas que sufren, que tienen problemas, que necesitan comprensión.<sup>83</sup>

En el caso de Julio Aróstegui que nunca se atará decididamente al grupo, pues, entró en el mismo «tarde y por la izquierda», los testimonios de la época recuerdan que, seguramente, fue aceptado por su inteligencia. Por su parte, más allá de la retórica de las palabras y la protocolaria afabilidad que leeremos en su tesis, se tiene la impresión de que Aróstegui (que se sabía distinto dentro de aquella escuela) buscó y consideró a Palacio Atard más como un protector necesario que como un maestro admirado e imprescindible. Y así lo dio a entender siempre.

En puridad, a la altura de 1967, Vicente Palacio Atard era el único catedrático activo de *Historia Contemporánea de España* de la Facultad de Letras. En tal sentido, cuando pronunció el discurso de

---

opositores propuestos por el Tribunal», *B.O.E.*, 130 (1 junio 1967), p. 7461. La experiencia de A. Fernández García, «Del instituto a la universidad», *op.cit.*, pp. 81-87.

<sup>80</sup> En unos recuerdos autobiográficos repletos de errores, juicios de valor y elucubraciones, Ricardo de la Cierva explicaba cómo, «Me incorporé al equipo de cátedra que dirigía el profesor Vicente Palacio Atard en la Facultad de Historia de Madrid, la única cátedra que entonces estudiaba a fondo la España del siglo XX en la Universidad española. Allí me encontré con el entonces coronel aviador Ramón Salas Larrazábal, la persona que más ha sabido en el mundo sobre la guerra de España, junto con su hermano Jesús, hoy general de Ingenieros Aeronáuticos y el coronel de Infantería José Manuel Martínez Bande», «El encuentro con la historia», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), p. 74.

<sup>81</sup> Entre 1966 y 1968, los discípulos que colaboraron en la redacción de los tres series (folletos, periódicos y memorias) de los cuadernos bibliográficos editados por la «Cátedra de Historia Contemporánea de España» de la Universidad de Madrid, fueron: al lado los secretarios de redacción María Dolores Gómez Molleda y Manuel Espadas Burgos, Juan Antonio Sánchez y García Sauco (escribió en todos), María Luisa Fernández Lamela, Carmen Fontao Paino, María del Carmen Garrido, Gregorio Martín Redondo, María Isabel Martín, Manuel Novoa Vázquez, Luis Álvarez Gutiérrez, José Gutiérrez Álvarez, Enrique Guerra López, Antonio Fernández García Julio Aróstegui (con una colaboración).

<sup>82</sup> El primer entrecuadro pertenece a O. Ruiz-Manjón, «Tiempo de oposiciones y esperanzas», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), p. 15 ; el segundo a A. FERNÁNDEZ GARCÍA, «El largo camino de un gran maestro», *op. cit.*, p. 117.

<sup>83</sup> *Ibidem*. Vicente Palacio Atard falleció en Madrid el 15 de octubre de 2013. Tenía 93 años.

apertura de curso de 1969-1970 de la Universidad de Madrid se cuidó de resaltar esa condición, al delimitar terrenos y marcar como propio el espacio de la historia contemporánea española (especialmente, la guerra civil).<sup>84</sup> Y es que, descontando al casi inaccesible director del Departamento, Jesús Pabón que andaba enfrascado en la redacción del segundo volumen de su *Cambó* y caminaba hacia su jubilación, el otro profesor a quien se podía haber dirigido para realizar el doctorado era José María Jover. Sin embargo, el catedrático cartagenero, que no le había dado clases durante la licenciatura, pertenecía al área de Historia Moderna de cuya cátedra era el catedrático numerario. Algo, en todo caso, que no le impedía trabajar temas de la historia española del diecinueve y reunir a su alrededor un grupo de brillantes investigadores contemporaneístas. «Javier Tusell fue uno de ellos, aunque hubiera entrado en la Universidad, como profesor ayudante, de la mano de Vicente Rodríguez Casado y, posteriormente, pasara a ser adjunto de Vicente Cacho Viu, que se incorporó a la Universidad Complutense, como profesor agregado, en el curso 1967-1968».<sup>85</sup> Sólo, en 1974, Jover ocupó, por traslado, la cátedra de *Historia Universal Contemporánea* en la misma Universidad, vacante por el retiro de Pabón. Para entonces, los nombres de los patronos del contemporaneísmo madrileño estaban mutando: Miguel Artola Gallego había terminado su década salmantina y, desde 1969, dirigía el Departamento de Historia Contemporánea de la Autónoma. Y Carlos Seco Serrano disponía su viaje de Barcelona a Madrid para tomar posesión de la cátedra de *Historia Contemporánea* de la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense (1975).

Pero volvamos a septiembre de 1967, cuando el nuevo catedrático de *Geografía e Historia* del Instituto femenino de Vitoria se incorporó a su destino. Para bien y para mal, Aróstegui disponía, por vez primera, de la seguridad económica que ayuda a exaltar los ánimos y, por el momento, hace desaparecer la angustia provocada por la falta de medios. Tenía veintiocho años, delante de él se le ofrecía, «el ejercicio de una profesión que era forma de vida y, eso era lo maravilloso, no simplemente puesto de trabajo»,<sup>86</sup> y en la capital alavesa –el primer paraje de su vida–, disfrutaría de la experiencia del País Vasco («y en una doble ocasión»).

Mi actividad profesional de verdad empezó en 1967 con una cátedra de Instituto que me catapultó a Vitoria, a la que llegue en la plenitud de mi entusiasmo. Los tiempos profesionales no eran fáciles, pero estaban relativamente abiertos. (...) Lo cierto es que me adentré por el camino profesional que anduvieron igualmente otros condiscípulos de mi tiempo y condición: conseguir una cátedra de Instituto Nacional de Enseñanza Media, que se decía entonces, llegando a ella con una inmensa ilusión por ejercer benéfico magisterio, pero, eso sí, sin dejar de escudriñar y no perdiendo detalle la forma de dar el salto a espacios, creíamos, más amplios, rigurosos, prestigiosos y remunerativos (claro que no me refiero al sueldo). O sea, a la Universidad.<sup>87</sup>

En todo caso, las puertas de entrada a la Universidad estaban en Madrid. Y el entusiasmo docente no le impidió, sin embargo, la planificación de la carrera académica que le hizo estar presente

---

<sup>84</sup> V. Palacio Atard, «Consideraciones sobre la investigación actual de nuestra historia contemporánea», *Ensayos de Historia contemporánea*, Madrid, Iter Ediciones, 1970 en pp. 7-68.

<sup>85</sup> O. Ruiz-Manjón, «Tiempo de oposiciones y esperanzas», *op.cit.*, p.15.

<sup>86</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 375.

<sup>87</sup> *Ibidem*, pp. 374-375.

en los *Cuadernos bibliográficos de la Guerra de España, 1936-1939*.<sup>88</sup> Y, a la vez, continuar con las investigaciones históricas que, en junio de 1970, le permitieron conseguir el doctorado, máximo grado académico que franqueaba el acceso a las oposiciones universitarias. Con el sentido de la oportunidad que exigía el protocolo universitario, solamente entonces, dejó constancia escrita de su «agradecimiento sincero a todas aquellas personas e instituciones que son acreedoras de él», empezando por:

El Doctor D. Vicente Palacio Atard, Catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad de Madrid, de quien modestamente me atrevo y me honro en llamarme discípulo, ha dirigido esta Tesis y, es más, ha aceptado la responsabilidad de prologar la publicación con unas palabras suyas. No soy yo el indicado ahora y aquí para glosar su autoridad de historiador y maestro.<sup>89</sup>

También, extendió su reconocimiento al tribunal «de la casa» que calificó el trabajo y, de forma especial, a «su presidente el Dr. D. Jesús Pabón, antiguo profesor, de quien guardo el recuerdo muy grato y provechoso de sus enseñanzas».<sup>90</sup> El director de tesis agradecido le correspondió con un prólogo al libro fruto de su tesis en cuyas páginas finales introdujo una larga declaración de confianza docente y magisterio que vale la pena recordar:

Cuando los que nos dedicamos al oficio de la enseñanza hemos doblado ya el cabo de la edad madura, es lógico que sintamos a veces el gozo de imaginar en las obras de quienes fueron nuestros alumnos algo así como un reflejo de nuestra propia obra docente.

Pocas cosas he pretendido yo enseñar en las aulas de la Universidad, como no sean estas tres que a continuación declaro: una, los límites de nuestros conocimientos, que a la vez nos obligan a reconocer la humildad de la sabiduría y despiertan en nosotros el estímulo para penetrar en el campo inmenso abierto a la novedad de las investigaciones, gracias a las cuales se podrán esclarecer parcelas todavía oscuras, donde la luz de la Historia no ha llegado aún. Otra, el respeto a los hombres que fueron protagonistas del pasado, remoto o próximo, y cuyas pasiones, actos y pensamientos hemos de intentar comprender *sine ira et studio*, para no trasponer nuestra propia pasión; porque la historia como ciencia se justifica precisamente por esa capacidad de comprensión que, si es usada rectamente, debe hacerla instrumento de paz entre los hombres y no de guerra, de concordia y no de discordia, de diálogo iluminador de nuestra inteligencia y no de imposición coactiva de cualquier dogmatismo cerrado. Por fin, y esto es casi un corolario de lo que antecede, creo haber procurado también enseñar a mis alumnos a estudiar la Historia con independencia de criterio, aunque con rigor exigente en el método de trabajo; a investigar en ella arropándose en una sana disposición del espíritu, sin restricciones ni acomodamientos previos, que sólo les obligue a seguir la senda más adecuada en cada caso para aproximarse a ese centro tan difícil acceso en el que se encierra la verdad de lo que fue.

---

<sup>88</sup> V. Palacio Atard, *Cuadernos bibliográficos de la Guerra de España, 1936-1939. Folletos e impresos menores del tiempo de la guerra. Serie 1. Fascículo 2*, Madrid, Cátedra de "Historia Contemporánea de España" de la Universidad de Madrid, 1968.

<sup>89</sup> J. Aróstegui, *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876, op.cit.*, pp. XXI-XXII

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. XXII.

Al leer la tesis doctoral de Julio Aróstegui me ha complacido reconocer en ella ese fruto que uno estaría orgulloso de haber contribuido a sembrar. (...). Séame permitido expresar desde estas líneas la íntima satisfacción que me produce esta obra bien lograda, que es la obra de un antiguo alumno, hoy catedrático de Instituto distinguido.<sup>91</sup>

En aquel momento, fue un intercambio justo. En el entretejido de relaciones humanas y académicas presididas por las aspiraciones del flamante doctor en Historia y las decisiones adoptadas por el catedrático-protector, ninguno de los dos conocía lo que el destino les depararía a partir de entonces. Y tampoco podían imaginar que éstas terminarían, años después, en el despego de Julio Aróstegui del grupo de Vicente Palacio Atard, un sentimiento nacido de la sensación de abandono que fue germinando en el «hoy catedrático de Instituto distinguido» en la década de los setenta. Al fin y al cabo, el mismo hecho de ser funcionario del Estado (con número de registro personal A10EC1980), pudo tener, también, una cara negativa y jugar en su contra, alargando sus esperas para ingresar en el profesorado universitario. Y es que, al lado de las intrigas de orden político-ideológico y luchas de poder entre escuelas que se dirimían en las oposiciones, esta circunstancia profesional pudo ser utilizada como una razón de peso («tiene la vida resuelta») para justificar las arbitrariedades y acuerdos alcanzados por los patronos de su grupo madrileño a favor de otros candidatos periféricos más jóvenes y ser preterido cuando «le tocaba el turno» a Julio». <sup>92</sup>

Al respecto, un jovencísimo Ignacio Olábarri de veintisiete años, resultó ganador de la plaza de agregado de Historia contemporánea universal y de España en Murcia a la que se presentó Aróstegui, en diciembre de 1977. En la reconstrucción de lo sucedido en aquella oposición cuyas pruebas se realizaron en la sede del CSIC, Olábarri ha recordado con honradez que, de entrada, su gran preocupación se centraba en «contrarrestar *visiblemente* el posible argumento en mi contra de mi excesiva juventud». <sup>93</sup> Y eso, ante un tribunal presidido por María Dolores Gómez Molleda, acompañada por los vocales Carlos Seco, Octavio Gil Munilla, Vicente Cacho, Nazario González, Jose Manuel Cuenca y Javier Tusell. Por lo demás, la narración de las dos conversaciones que mantuvo con su correligionario Cacho Viu y con el novel catedrático Javier Tusell (designado por Pabón como su sucesor, en una escena famosa ocurrida en la cena-homenaje que le ofrecieron sus discípulos con motivo de su jubilación), <sup>94</sup> resultan indicativas de las maniobras y deliberaciones de los jueces (celebradas en el Hotel Palace de Madrid) hasta pactar el reparto final de los votos: Gómez Molleda

---

<sup>91</sup> V. Palacio Atard, «Prólogo» a J. Aróstegui, *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*, *op.cit.*, pp. XVI-XVII. Con cierta intención, el párrafo lo reprodujo María Dolores Molleda, «Páginas de homenaje», *Perspectivas de la España contemporánea. Estudios en homenaje al profesor V. Palacio Atard*, Madrid, Universidad Complutense, Facultad de Geografía e Historia, 1986, pp. 10-11.

<sup>92</sup> La afirmación en I. Olábarri Gortázar, «Mi vocación de historiador», en Jaime Aurell (ed.), *La historia de España en primera persona*, *op. cit.*, p. 220.

<sup>93</sup> *Ibidem*, p. 220.

<sup>94</sup> «Orden de 21 de febrero de 1977 por la que se nombra, en virtud de concurso de acceso, Catedrático de «Historia Contemporánea Universal y de España» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia a don Javier Tusell Gómez», *B.O.E.*, 105 (3 mayo 1977), p. 9530. En la misma página del *B.O.E.*, aparecen los nombramientos como catedráticos de la de igual denominación de Juan José Carreras destinado a la Facultad de Santiago de Compostela y de José Andrés Gallego a La Laguna (los dos antiguos catedráticos de Instituto). Por lo demás, Tusell había ganado la plaza de agregado de la Autónoma de Barcelona (a la que no se incorporó) en junio de 1975, véase O. Ruiz-Manjón, «Tiempo de oposiciones y esperanzas», *op.cit.*, p. 13; e *infra* nota 105.

salvaba las apariencias nominando, con Cacho Viu, a Aróstegui y los cuatro miembros restantes al candidato bilbaíno del Opus Dei que había obtenido el doctorado en 1976.<sup>95</sup> De aquellos arreglos «secretos», sin duda, estuvo informado y dio su consentimiento Vicente Palacio Atard.

En cierta manera, el suceso anunciaba el final del recorrido iniciático en el que Aróstegui aprendió sobre todo a conocer las distintas caras de quienes pasaban por ser sus mentores académicos. Alejado del paisaje madrileño fue una etapa de aprendizaje solitario de las prácticas universitarias, de afirmación de su concepto democrático socialista de la vida y de la misma profesión de historiador, pues, es «verdad que antes de llegar a todo esto, la Historia era ya mi oficio, pero no era vocación excluyente. Fue en los años setenta, como digo, cuando estos descubrimientos (¡prácticamente en autodidacta!) se abrieron camino».<sup>96</sup> Un viaje capital que le llevó a cambiar de parajes trasladándose, en 1972, al Instituto «Fray Luis de León» de Salamanca donde permaneció ocho años: «Un nuevo paisaje...Salamanca fue, en cualquier caso, un nuevo punto de partida. De hecho, allí empezó ese salto a la Universidad, y no fue fácil».<sup>97</sup>

En efecto, el período que pasó en la ciudad del Tormes fue muy activo para el catedrático granadino, que se hizo cargo de las clases de Historia de COU y de la dirección del Seminario de Geografía e Historia de su centro de destino.<sup>98</sup> Y, a la vez, inició sus primeros escauceos en la docencia universitaria, «como el que (...) me llevó a explicar Teoría y Método de la Historia en la Universidad de Salamanca llamado por Dolores Gómez Molleda».<sup>99</sup> La discípula teresiana de Palacio Atard, había tomado posesión, en 1970, de la cátedra ocupada durante toda la década anterior por el innovador y, también, liberal, Miguel Artola. Como directora del Departamento de Historia Contemporánea Universal y de España cuya plantilla la había completado con dos profesoras ayudantes interinas, «pertenecientes a su orden» (Mercedes Samaniego Boneu y Esther Martínez Quinteiro), organizaba mensualmente «durante el curso a nivel de equipo de trabajo departamental, sesiones de estudios sobre cuestiones de metodología de la Historia», en las que participó Julio Aróstegui.<sup>100</sup>

Todo eso sucedía en la época de la larga agonía del dictador que culminó con su muerte en noviembre de 1975 e inició la Transición política. Y lo cierto es que Aróstegui cada vez estaba más distante de las posiciones franquistas de sus «maestros» madrileños. En Salamanca, sus rumbos

---

<sup>95</sup> *Ibidem*, pp. 220-221; y «Orden de 28 de junio de 1978 por la que se nombra a don Ignacio Olábarri Gortázar Profesor agregado de "Historia contemporánea universal y de España" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia», *B.O.E., Gaceta de Madrid*, 207 (30 agosto 1978), p. 20264. Por motivos de salud, este catedrático que alcanzó la cátedra de Vitoria, por concurso de acceso, en julio de 1982, se ha visto obligado a retirarse prematuramente, véase el *Acto académico. Homenaje al profesor Ignacio Olábarri con ocasión de su jubilación, 21 de diciembre de 2012*, Pamplona, Facultad de Filosofía y letras, Universidad de Navarra, 2013.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 377.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 375.

<sup>98</sup> Las noticias sobre las actividades de Aróstegui en este centro en Raimundo Cuesta y Antonio Molpeceres, *Retazos, memorias y relatos del bachillerato. El Instituto Fray Luis de León de Salamanca (1931-2009)*, Salamanca, Publicaciones del Instituto Fray Luis de León de Salamanca, 2010, pp. 222, 228-229, 248-249 y 256-257.

<sup>99</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 376.

<sup>100</sup> Universidad de Salamanca, *Memoria del Año Académico 1972-1973*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1974, p. 91

divergieron definitivamente. En la Universidad se aproximó a José Luis Martín, el catedrático de Historia medieval que desde sus tiempos de estudiante en Barcelona se había destacado por su activa militancia antifranquista (participó al lado de Jutglar, Termes o Fontana en el famoso episodio de la *Caputxinada*). Por esa parte, estaba bastante metido en Instituto Regional de Castilla y León dirigido por quien sería nombrado gobernador civil de Salamanca en el primer gobierno socialista y, como recuerdan sus estudiantes de entonces, «Julio era partidario de la candidatura al Senado de José Luis Martín (...) y nos animaba incluso a que fuéramos a los mítines de la campaña electoral».<sup>101</sup> Y, al mismo tiempo, en el instituto formó parte, junto a dos jóvenes profesores de su departamento (Manuel Fernández Cuadrado y Raimundo Cuesta) de las plataformas salmantinas de oposición al franquismo (Junta Democrática y Coordinación Democrática que se integraron en la *Platajunta*, en marzo de 1976).<sup>102</sup>

Esta presencia en la vida política salmantina, no le desvió de sus propósitos de dar el salto al espacio universitario y subir los escalones de la profesión. Y para complicar un poco más las cosas con María Dolores Gómez Molleda y, por extensión, con Palacio Atard, se expuso a la experiencia siempre azarosa de las oposiciones. En febrero de 1975, fue excluido de la lista de opositores a la plaza de Profesor agregado de la Universidad de Valladolid por: «Falta escrito de presentación de un Catedrático de Universidad o Escuela Técnica Superior. Falta informe de la Junta de Facultad».<sup>103</sup> Y en junio de ese mismo año, con un tribunal en principio favorable (lo presidía el más aventajado discípulo vallisoletano de Palacio, Luis Miguel Enciso y actuaba como vocal estaba Gómez Molleda), renunció junto al resto de los candidatos –salvo Josep Termes– a presentarse a la plaza de Barcelona que había firmado unos meses antes.<sup>104</sup> Los aspirantes conocían que los grandes del contemporaneísmo habían acordado resolver el concurso a favor de Javier Tusell, el cual:

venía rebotado de una reciente oposición en la que el tribunal había decidido conceder la plaza a Ricardo de la Cierva, ante la irritación y el escándalo de la opinión académica liberal madrileña. El franquista había vencido al no franquista. El resultado de nuestra oposición estaba pues cantado y no conseguí la plaza de mi universidad, pero realicé unas pruebas dignas que supusieron que el tribunal (que me dio dos votos por tres a Tusell) se comprometiera extraoficialmente a apoyarme por todos los medios para que obtuviera la siguiente plaza. Así fue como la víspera de San Juan de 1975, noche de fiesta y alegría popular en Cataluña, regresaba yo a Barcelona con la satisfacción de haber conseguido un triunfo, mi victoria, a pesar de la aparente derrota. El ciclo se cerró en noviembre de ese año (en noviembre precisamente, cuando el parte de la tele era el alimento diario de franquistas y antifranquistas) con una plaza ganada al igual

---

<sup>101</sup> Testimonio de José María Regueiro, recogido en R. Cuesta y A. Molpeceres, *Retazos, memorias y relatos del bachillerato...*, p. 256.

<sup>102</sup> Testimonio de Adolfo Pinto en *ibídem*, p. 249.

<sup>103</sup> «Resolución de la Dirección General de Universidades e Investigación por la que se publica la lista provisional de aspirantes admitidos y excluidos al concurso oposición de la plaza de Profesor agregado de “Historia contemporánea universal y de España” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid», *B.O.E.*, 37 (12 febrero 1975), p. 3010.

<sup>104</sup> «Resolución de la Dirección General de Universidades e Investigación por la que se publica la lista definitiva de aspirantes admitidos y excluidos al concurso oposición convocado para cubrir la plaza de Profesor agregado de “Historia contemporánea universal y de España” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona», *B.O.E.*, 280 (22 noviembre 1974), pp. 23716-23717.

que Andrés Gallego y con David Ruiz de único derrotado. Yo me quedé con la de la Universidad de Barcelona, y Andrés Gallego con la de Oviedo.<sup>105</sup>

En su autobiografía, Aróstegui apenas menciona estos hechos («con algún proceso azaroso en medio»)<sup>106</sup>. No dedicó ningún comentario a las oposiciones celebradas en abril de 1977,<sup>107</sup> ni a lo sucedido en el mes de diciembre, cuando fue preterido en la plaza de Murcia. Tampoco habla de sus amistades académicas de esa época. Y aunque en los medios de la profesión se le seguía identificando como uno de los «protegidos» de Palacio Atard, no había ninguna duda de que no estaba dentro del grupo de los ortodoxos, ni mucho menos. En cualquier caso, el mundo universitario estaba variando a una velocidad muy rápida desde la muerte de Franco. Y en aquellas circunstancias no parecía el momento oportuno para manifestarse en contra de sus más antiguos «amigos académicos». De hecho, cuando el secretario del tribunal leyó el resultado de la oposición murciana a Aróstegui no le quedó tiempo para el desánimo. Para entonces, ya había firmado las plazas de agregado de Historia contemporánea universal y de España en las Universidades de Extremadura, Málaga y Valencia (Alicante), anunciadas en el verano de 1977.<sup>108</sup>

No lo sabía con certeza, sin embargo, un opositor con experiencia como él se podía imaginar que iba a encontrar a más de un conocido entre los jueces del nuevo tribunal.<sup>109</sup> En realidad, todos los aspirantes eran conscientes de que, «el escaso número de catedráticos y agregados existentes hizo que se repitieran mucho algunos nombres». Como ha explicado Octavio Ruiz-Manjón, la mayor frecuencia correspondió a los contemporaneístas Cacho Viu (5), Gómez Molleda (4), Cuenca Toribio (4) y Carlos Seco Serrano (4). Contaron tres participaciones el padre Federico Suárez Verdeguer, el jesuita Nazario González y el modernista Luis Miguel Enciso Recio. Formaron parte de dos tribunales Vicente Palacio Atard, José María Jover, José Luis Comellas y Emili Giralt. Miguel Artola sólo estuvo presente en uno y destaca «la ausencia del profesor Carreras, aunque fue designado en dos ocasiones».<sup>110</sup> Como no podía ser de otra manera, las repeticiones se dieron en la plaza en la que le llegaría «su turno» a Julio Aróstegui.

---

<sup>105</sup> Josep Termes, «De oposiciones y otras menudencias», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), p. 129; y *supra* nota 94.

<sup>106</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 375.

<sup>107</sup> Las oposiciones para las plazas de profesores agregados de Valladolid y Santiago de Compostela las cuentan los dos ganadores, el conocido discípulo de Palacio Atard, A. Fernández García, «Del instituto a la universidad», *op.cit.*, pp. 83-84, y el fraile mercedario José María Palomares, «Entre Valladolid y Santiago», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), pp. 97-105.

<sup>108</sup> «Orden de 22 de junio de 1977 por la que se anuncia a concurso-oposición, en turno libre, las plazas de Profesor agregado de las Facultades y Universidad que se citan», *B.O.E.*, 160 (6 julio 1977), p. 15167.

<sup>109</sup> A partir del Decreto 22 de noviembre de 1975, los presidentes de los tribunales los seguía designando el Ministerio mientras que los seis vocales se elegían por sorteo «en un claro intento de hacer más plural e independiente la composición de los tribunales», O. Ruiz-Manjón, «Tiempo de oposiciones y esperanzas», *op.cit.*, p. 16. Este historiador analiza en su artículo nueve oposiciones que se realizaron entre 1975 y 1980.

<sup>110</sup> *Ibidem*, pp. 16-17.

Presidido por el inefable Joaquín Pérez Villanueva,<sup>111</sup> en el tribunal actuaron como vocales «Doña María Dolores Gómez Molleda, don Vicente Cacho Viu, don Nazario González González, don José Manuel Cuenca Toribio, don José Termes Ardevol y don José Andrés Gallego. Catedráticos de la Universidad de Salamanca, el primero; de Barcelona el segundo, de la Autónoma de Barcelona, el tercero; de Córdoba el cuarto; en situación de supernumerario en la U.N.E.D, el sexto, y Profesor agregado de la Universidad de Barcelona, el quinto».<sup>112</sup> En marzo de 1980, Aróstegui solicitó la excedencia de la cátedra de Instituto por pase al puesto superior de agregado de Historia contemporánea universal y de España en la Universidad de Alicante.<sup>113</sup> Habían pasado diez años desde la lectura de su tesis doctoral y la porfía sin mengua del historiador granadino le hizo ser profesor universitario.

En cualquier caso, siguiendo una práctica generalizada en aquellos años, no tuvo que incorporarse a la plaza de la delegación valenciana al conseguir una comisión de servicios en la sección de Filología-Geografía e Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Vitoria, para el curso 1980-1981. Un viaje de retorno a la ciudad donde trece años antes había iniciado su carrera profesional, «que siempre agradeceré a Emiliano Fernández de Pinedo», el decano que le firmó la sustitución (un joven catedrático de Historia e Instituciones económicas que había estudiado en Salamanca con Felipe Ruiz Martín y Miguel Artola y en París con Braudel, Vilar o Labrousse). Al poco tiempo, la nueva Universidad del País Vasco que acaba de adquirir su nombre definitivo,<sup>114</sup> acogería como catedrático extraordinario a Manuel Tuñón de Lara, el historiador que se había hecho a sí mismo en el exilio francés. El antiguo director de los coloquios de Pau que pasaría a encabezar el grupo de colegas y amigos «marxistas» de Aróstegui (integrantes muchos de ellos de la historiografía española

---

<sup>111</sup> Nombrado, en primera instancia, como presidente suplente pasó a ser el titular por la «Orden de 22 de marzo de 1979 por la que se acepta la renuncia de don Julian San Valero Aparisi, Presidente del Tribunal del concurso-oposición para la provisión de la plaza de Profesor agregado de “Historia contemporánea universal y de España” de las Facultades de Filosofía y Letras de las Universidades de Extremadura, Málaga y Valencia (Alicante)», *B.O.E.*, 107 (4 mayo 1979), pp. 10088-10089.

<sup>112</sup> «Orden de 29 de diciembre de 1978 por la que se nombra el Tribunal que ha de juzgar el concurso-oposición para la provisión de la plaza de Profesor agregado de “Historia contemporánea universal y de España” de las Facultades de Filosofía y Letras de las Universidades de Extremadura, Málaga y Valencia (Alicante)», *B.O.E.*, 33 (7 febrero 1979), p. 3218.

<sup>113</sup> «Orden de 5 de marzo de 1980, por la que se nombra a don Julio Aróstegui Sánchez Profesor agregado de “Historia contemporánea universal y de España” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alicante», *B.O.E.*, 123 (22 de mayo de 1980), p.11085. El mismo Boletín publicaba los nombramientos de Antoni Jutglar en Málaga y de Celso Almuíña en la Universidad de Extremadura. Por lo demás, en la cultura del opositor de la época era normal firmar «todas» las plazas que se convocaban. Así, después de su nombramiento de agregado, el nombre de Aróstegui apareció entre los aspirantes admitidos a la oposición de Santiago de Compostela, «Resolución de 6 de octubre de 1980, de la Dirección General de Ordenación Académica y profesorado, por la que se publica la lista definitiva de aspirantes, admitidos y excluidos al concurso-oposición de la plaza de Profesor agregado de “Historia Contemporánea universal y de España”, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago», *B.O.E.*, 263 (1 noviembre 1980), p. 24386.

<sup>114</sup> «Orden de 25 de febrero de 1980 por la que la Universidad de Bilbao pasa a denominarse Universidad del País Vasco (Euskal Herriko Unibertsitatea)», *B.O.E.*, 54 (e marzo 1980), p. 4916. Por razones obvias, al no poder disponer de la Hoja de servicios de Julio Aróstegui, no he podido confirmar el dato de su pertenencia al Cuerpo de Catedráticos de Escuela Universitaria (excedente voluntario desde el 01.10.1980), que aparece en el documento generado por el Consejo de Universidades-Secretaría General, *Profesorado Universitario por Cuerpo y alfabético*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia. Centro de Proceso de Datos, 1986, p. 824.

«clandestina» cuyo entretejido de relaciones se había creado en los viajes realizados, desde 1969, a la pequeña ciudad bearnesa).<sup>115</sup> Y «fue entonces cuando dejé de sentirme discípulo y se hizo más presente la reflexión sobre los maestros».<sup>116</sup>

A Manolo Tuñón le conocí tarde y la historia de mi relación con él no cabría tampoco aquí ni nos ayudaría a comprender mejor lo que quiero decir. Lo que importa es que, con una biografía intelectual y unas aventuras vitales mucho más agitadas que las mías, habiendo forjado su mundo en plena guerra civil, a Manolo, me confesaba, venía a pasarle lo mismo: ¿pero quienes fueron de verdad nuestros maestros?. Porque mirando hacia atrás (con más o menos ira), ¿en qué maestros podrías reconocerte?. Por eso Manolo sonrió al oír esto (era en el Hotel Conde Duque, de Madrid, lo recuerdo muy bien), sus ojos chisporrotearon algo más y desde luego entendió perfectamente lo que decía.<sup>117</sup>

En adelante, el olvido se impuso sobre una parte de su pasado académico.<sup>118</sup> El profesor granadino que tenía en origen un justificado sentimiento de abandono consumó una «separación sin gratitud», inclinándose por la discreción impersonal para enviar al ostracismo a su antiguo tutor. Sería bastante comprensible suponer que en su ruptura debieron conjugarse motivos personales, académicos y políticos, de los que Aróstegui nunca escribió. Un asunto, de todos modos, «con el cual estamos familiarizados» en la República de las Letras y la Academia universitaria, como apuntó George Steiner en sus conocidas *Lecciones de los maestros*.<sup>119</sup> Y en tal sentido, debió comprenderlo Vicente Palacio Atard. A fin de cuentas, él mismo se había embarcado en un personal proceso de aceptación de la monarquía y las palabras pronunciadas por Torcuato Fernández Miranda, el 3 de diciembre de 1975, en el discurso de toma de posesión de la presidencia de las Cortes, muy bien podían haberse gravado en su memoria de antiguo historiador franquista como anuncio de los tiempos que se avecinaban: «Me siento total y absolutamente responsable de todo mi pasado. Soy fiel a él,

---

<sup>115</sup> Después de su jubilación como catedrático de *Historia de España* de la Universidad francesa de Pau (1981), Tuñón de Lara fue nombrado, con efectos de 21 de septiembre de 1983, catedrático extraordinario de Historia contemporánea en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad del País Vasco, «Orden de 30 de abril de 1984 por la que se nombran Catedráticos de Universidad a los Catedráticos extraordinarios contratados que se citan», *B.O.E.*, 185 (3 agosto 1984), p. 22666; y José Luis de la Granja y Alberto Reig Tapia, «Manuel Tuñón de Lara, una trayectoria vital e intelectual», en J.L. de la Granja y A. Reig Tapia (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1993, pp. 112-114. En este libro, Aróstegui colaboró con un largo capítulo, «Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica», pp. 143-196. Una nota sobre la combativa historiografía «clandestina», en I. Peiró, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, *op.cit.*, pp. 79-81.

<sup>116</sup> J. Aróstegui, «Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras de fondo», *op. cit.*, p. 375.

<sup>117</sup> *Ibidem*, pp. 375-376.

<sup>118</sup> Un breve apunte dirigido a comprender la cadena de representaciones que constituye el proceso de recordar/olvidar en L. Passerini, *Memoria y utopía. La primacía de la intersubjetividad*, València, Univesitat de València, 2006, pp. 26-28.

<sup>119</sup> G. Steiner, *Lecciones de los maestros*, *op.cit.*, p. 162

pero no me ata...». <sup>120</sup> De todos modos, los historiadores de aquel tiempo sabían que el pasado no se borra, simplemente se alejaban de él para no mirar hacia atrás.

## «El pasado no ata»: obertura para el futuro

---

Desde octubre de 1981, Julio Aróstegui se incorporó plenamente al Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, «en el que pasaría a ser catedrático a partir de septiembre de 1983». <sup>121</sup> Ese mismo año, colaboró en el homenaje rendido a Tuñón en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander y, en abril de 1985, participaría por vez primera como ponente en el II Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España. <sup>122</sup> Autor de alguna de las partituras musicales más interesante de la historia contemporánea progresista, escritas durante las siguientes décadas (desde la guerra civil a la historia del tiempo presente y la memoria histórica), no hay duda de que Aróstegui forma en el grupo de los «maestros de la historia» del contemporaneísmo de la Transición. Una época presentista de rupturas, pero, también, de continuidades y progreso en los proyectos de vida de la mayoría de los historiadores españoles citados a lo largo de estas páginas. Y un pasado imposible de borrar, ni mucho menos, cuyos indicios perviven como un cúmulo de experiencias generacionales que constituyen la memoria colectiva de la profesión y, necesariamente, deben ser interpretadas por el futuro de la historia que ellos contribuyeron a construir.

En fin, parafraseando las palabras del autor de la cita que he querido usar como exergo a este artículo: al mirar hacia atrás en la vida del profesor Aróstegui, he intentado buscar «la verdad pero no sólo la del personaje, sino la de cómo pudo llegar a ser lo que es, pasando por lo que fue». <sup>123</sup> A este historiador que sus discípulos más cercanos vieron trabajando siempre en la historia y en la amistad, muchos debemos más de lo que puede expresarse aquí.

---

<sup>120</sup> Las palabras las reprodujo V. Palacio Atard, «El Mensaje de la Corona y el advenimiento de la democracia en España», en M. Samaniego Boneu y V. del Arco López, *Historia, literatura y pensamiento. Estudios en homenaje a María Dolores Gómez Molleda*, op.cit., II, p. 263.

<sup>121</sup> O. Ruiz-Manjón, «Casi tres décadas en el Departamento», en *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, op.cit., p. 361; y «Orden de 3 de febrero de 1984 sobre integración en el Cuerpo de Catedráticos de Universidad de los Profesores agregados de Universidad», op. cit., p. 3233. En el anexo, el nombre de Julio Aróstegui Sánchez aparece en la p. 3237.

<sup>122</sup> J. Aróstegui, «Sociedad y Milicias en la guerra civil española, 1936-1939. Una reflexión metodológica», en Santiago Castillo (coord.), *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, II, pp. 307-325; y «El insurreccionalismo en la crisis de la Restauración», en José Luis García Delgado (ed.), *La crisis de la Restauración: España. Entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 75-99. Una completa relación de su producción en Ana Domínguez Ramos y Jorge Marco, «Siguiendo el rastro de los libros. El legado historiográfico de Julio Aróstegui», en *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, op.cit., pp. 381-396.

<sup>123</sup> Max Aub, *Luis Buñuel, novela*, Granada, Cuadernos del Vigía, 2013, p. 26.